

LORENTE Y SERRANO

# GLORIA *del* MONCAYO

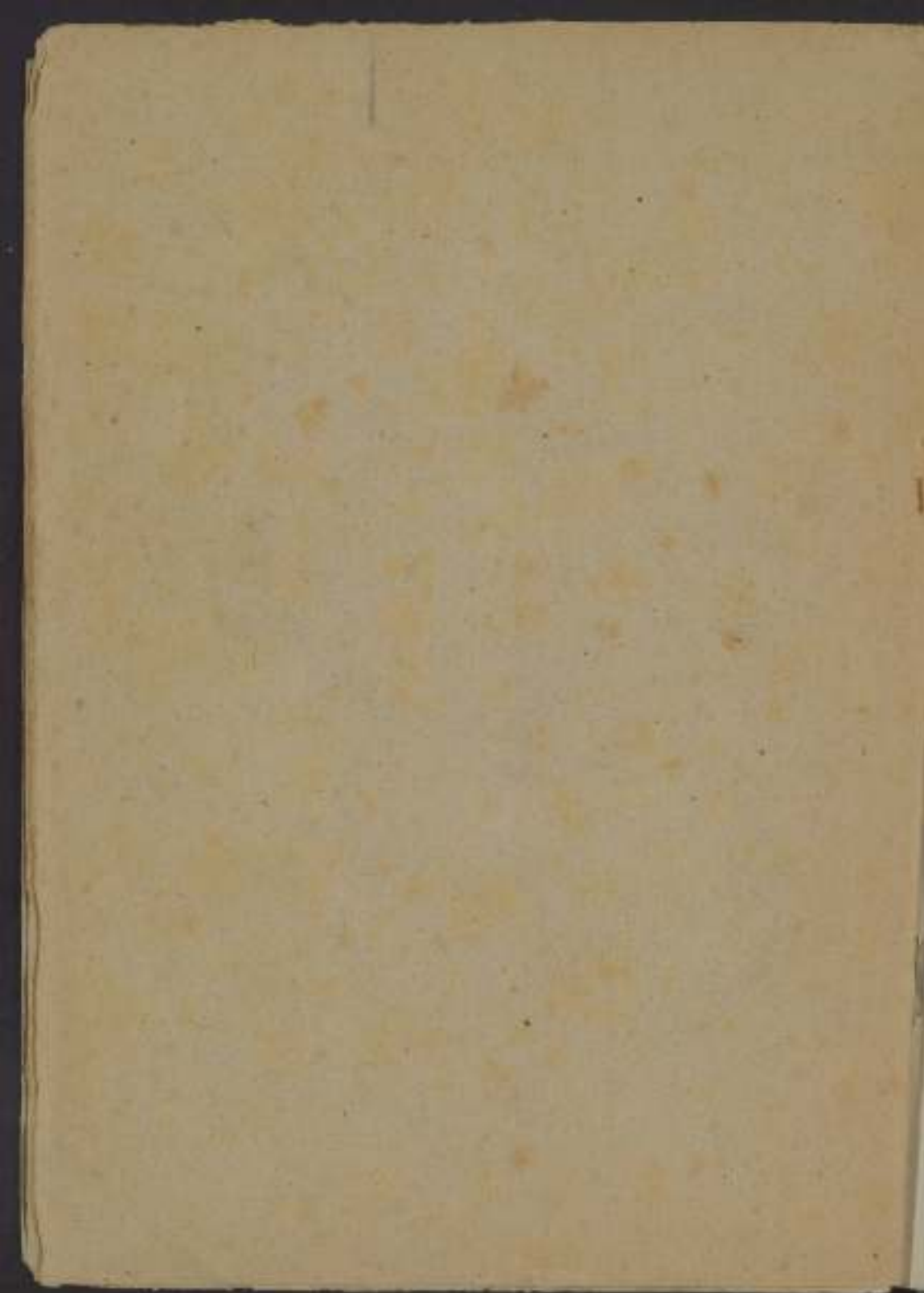
«LOS DE  
ARAGÓN»



MANUEL de DIEGO  
EULALIA ZAZO

editorial alas

Biblioteca Film Nacional



*Josip de Balle gur guj*



AGENTE DE VENTAS

**Sociedad General Española de Librería**

BARRADA, 14 y 16  
BARCELONA

CASCO, 8  
MADRID

Reservados los derechos de  
producción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS Y SALA, S. L.

Valencia, 234 - Teléfono 70657

BARCELONA

# Biblioteca Films Nacional

FUNDADOR Y DIRECTOR:  
**Ramón Sala Verdaguer**

EDITORIAL  
**"AUS"**

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
Rperladé 707 - Teléfono 70657  
**BARCELONA**

AÑO II

Núm. 13

## GLORIA DEL MONCAYO (LOS DE ARAGON)

NOVELA CINEMATOGRAFICA BASADA EN LA INMORTAL ZARZUELA DE

**JOSÉ MARÍA LORENTE**

MÚSICA DEL MAESTRO

**JOSÉ SERRANO**

**E**sta obra nos muestra que el verdadero amor es renuncia, sacrificio; palabras que muchos no llegan a comprender en su profundo significado. «Gloria del Moncayo» es la mujer que se sacrifica por el bienestar de los suyos, aun a trueque, de aparecer ante sus ojos, como una desagradecida y verse aborrecida por el hombre que ama.

Es una producción CAMILO LEMOINE

Distribuida por  
Cataluña, Aragón  
y Baleares por

**EXCLUSIVAS SIMO**  
Aragón, núm. 249 -- **BARCELONA**



## PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Gloria</i> . . . . .	EULALIA LASO
<i>Agustín</i> . . . . .	MANUEL de DIEGO
<i>Pilara</i> . . . . .	Polita Bedrés
<i>Señor Dionísio</i> . . . . .	Jose Prada
<i>Releño</i> . . . . .	Ramón Giner
<i>Don Ricardo</i> . . . . .	Gabriel Algara
<i>Mary</i> . . . . .	Emmy Fleming
<i>Jorge</i> . . . . .	Jorge Greiner
<i>Luis</i> . . . . .	Alberto López
<i>Tablones</i> . . . . .	Fauslino Brelaño

---

### *Música del*

Maestro JOSÉ SERRANO

### *Interpretada por*

Orquesta DEMÓN

### *Director:*

JUAN PARELLADA

### *Cuadros de baile*

SACHA GOUDINE

### *Supervisión*

CAMILO LEMOINE

### *Operador:*

GASPAR

### *Fotógrafo:*

PEREZ DE ROZAS

### *Sonido:*

R. C. A.

---

Narración de la novela:

JULIO DE LA ROSA

# GLORIA DEL MONCAYO

## (LOS DE ARAGON)

ARGUMENTO NOVELADO DE LA PELÍCULA

### FELICIDAD Y TRISTEZA

U N poco apartado de la noble capital aragonesa, existe una venta denominada del Pilar. Sus moradores son pocos y muchos sus penas, aunque nadie lo diría. Gloria y Pilar son como dos pajarillos alegres que con sus risas dan un poco de luz a la sombría tristeza de Don Dionisio, abuelo de las mismas. Este buen hombre es honrado a más no poder, y tal vez esa honradez, de la que nunca se ha arrepentido, es su punto vulnerable, pues como es sabido que del árbol caído todos hacen astillas, así le pasa al venerable anciano. Día tras día, la venta se halla en más angustiosa situación y los bienes que guardaba en su seno van desapareciendo, guiados por la codicia

de usureros que remedian por unos días la vida del abuelo y las nietas para llevarse en cambio, cosas que nada más que un inesperado milagro podían retornar a su dueño.

No obstante, Gloria, con ese optimismo que da la juventud, no se detiene mucho a pensar en el porvenir negro que se cierne sobre su inocente cabeza, y con su hermana Pilar se halla en el jardín cortando lindísimas rosas, entre las que destaca su cara morena y sus ojos vivarachos, pudiendo decir que ella es la mejor flor del ramo y del jardín.

Mientras va aumentando su ramo canta una canción con muy bello estilo y mejor entonación. Su voz es melodiosa y el jardín, cua-

jado de olorosas flores, tiene resonancias insospechadas. Pilara, su hermana, la escucha embobada mientras que una sonrisa de satisfacción brota de sus labios. Gloria ni se da cuenta de la admiración que despierta en su hermana, y mientras sus delicadas y finas manos van arrancado cuidadosamente los floridos rosales canta:

*Como la miel sabrosa,  
niña, tus labios son;  
como la flor preciosa,  
como la rosa  
del Malecón.*

*Niña, la más graciosa,  
que yo en mi vida vi,  
cuando nació esta rosa,  
Cuba, la hermosa,  
te dijo así:*

*Niña, dime prontito ya,  
dime tú los secretos  
de la felicidad.*

*Niña, dame prontito ya,  
dame los suspiros  
de la boca al besar.*

*Niña, que mis penitas  
perfumas siempre  
con el dulzor*

*pon tus espinas divinas también  
sobre mi corazón.*

*Niña, dame prontito ya,  
dame los capullitos.*

*Niña, de tu rosal.*

Con la última estrofa de la can-

ción se oye la voz de Pilara que no puede contener su admiración, diciéndole:

—Pero, chica, si cantas la coplica mejor que la cupletista del teatro.

Gloria no le hace caso y mientras ríe repite de nuevo:

*Niña, dime prontito ya,  
dime los secretos  
de la felicidad.*

Pilara se ha contagiado por el ambiente y también por la canción de su hermana y llevándose una rosa a su rostro aspira su perfume un poco exageradamente quizás, mientras que se aleja del jardín. Mira por la ventana que da a la casa y su carita que antes rebosaba felicidad se nubla como por encanto. Algo ha debido ver que así ha cambiado su faz. Vuelve la mirada hacia su hermana y por fin la llama:

—¡Gloria, mira quién ha venido!

—¿Agustín? — inquiere aquella con un destello de amor y alegría en sus ojos.

—No, no, ven.

Gloria, curiosa, como toda mujer, se acerca a la ventana por donde su hermana atisba y al ver de lo que se trata exclama dolorosamente:

—¡Y el agüelo no nos había dicho nada!



La causa de aquel malhumor y tristeza de las dos muchachas es debido a que ven como poco a poco se van quedando sin lo más necesario para sus vidas, ya de por sí harto sencillas. Allí dentro está el señor Dionisio teniendo entre sus manos las bridas de un mulo que al parecer goza del afecto del pobre viejo. Aquel noble animal le había ayudado al trabajo, cuando lo había, y ahora, por las circunstancias, se veía obligado a venderle. El abuelo acaricia la cabeza del mulo y dice:

—Ganas me dan de arripintirme.

—Pos no me voy muy contento, no—responde el chalán que compra la bestia—. Debe usted venderme también la otra mula.

—Pero ¡contra! Si no te pones en razón... por dos mil riales más no suelto yo a mi «Generosa».

—¿Hacen dos mil? —ofrece el chalán.

—¡Cómo te aprovechas de que no tengo más remedio...—solloza el señor Dionisio con lágrimas en los ojos. Luego se vuelve hacia el establo y grita—: ¡Releñe! Saca también la «Generosa».

Releñe mira con ojos de espanto al amo, no puede comprender cómo se vende aquella mula que tan querida es por él y por su amo, pero comprende y dice:

—¿La «Generosa»?... Bueno,

Un gesto de resignación acompaña a sus últimas palabras y al cabo de breves instantes sale de la cuadra con «Generosa» y la da al señor Dionisio. ¡Cuántos recuerdos acuden a la cabeza del viejo al ver a su «Generosa»! Su mano temblona pasa por el lomo y el animal parece comprenderle, porque tiene un aire de melancolía, como si entendiera que de entonces en adelante otro amo mandará de ella y quizá no tan bien como el actual.

—Un cachico del corazón se me va con ella... La necesidad me obliga, amigo—se lamenta el señor Dionisio, y luego, volviendo a la mula, como si ésta pudiera comprender el significado de sus palabras le dice—: Perdóname tú, «Generosa», que mi desgracia es la que te lleva.

—Animo, mi amo, ¡qué releñe! —exclama Releñe, que hace esfuerzos para ocultar las lágrimas, que pugnan por escaparse de sus ojos.

Fuerza es presentar a Releñe. Su mote es debido precisamente a que siempre tiene a flor de labios esa exclamación, ¡releñe! Su corazón es una cantera inagotable de bondad y aunque tal vez es algo brusco, el señor Dionisio no lo cambiaría por ningún otro. El había visto los días de abundancia, y ahora, al vivir con mucha justeza, no por eso se escapó nunca de sus labios un reproche, ni

le vino a su mente el abandonar al amo para ir a ganar más dinero en otra parte. Si hubiera sido necesario, hasta la vida daría con tal de salvar de la ruina a aquel pobre hombre que era perseguido por la desgracia.

Amo y mozo han quedado viendo cómo han marchado la «Generosa» y la otra mula. Ya no los queda un animal, sólo algunos carros que en otro tiempo tuvieron sus caballerías y que correrán el mismo camino que aquéllas.

Gloria y Pilara han asistido a la penosa escena y finalmente Pilara dice:

—[No sé adónde vamos a parar! ¡Pobre agüelico!...

—Y lo peor es que nosotras no podemos remediarlo — se lamenta Gloria.

Abandonan la reja y van en busca de las flores que quedaron abandonadas, y muy pronto Gloria parece olvidar lo que ha sucedido, porque aquella sonrisa que siempre ilumina su bello rostro vuelve a aparecer, y dice a su hermana:

—Tenemos que darnos prisa, antes de que Agustín llegue del cuartel.

—Tampoco tendría gracia que por ser el último día...

—¿El último?—pregunta Gloria, entre temerosa y esperanzada—.

Pero si no se va mañana, me lo da el corazón. Tú lo verás.

Agustín es el novio de Gloria; recogido desde muy pequeño por el señor Dionisio, creció junto a las dos hermanas y de los juegos de la niñez pasaron a los sentimientos de los mayores. Se habían compenetrado tanto, que sus almas eran una sola y sus pensamientos iguales. Aun dentro de la tragedia que amenazaba a la modesta posada, los dos muchachos vivían horas muy felices que nunca podrían olvidar; mas el Destino, que muchas veces se empeña en destruir dichas, hizo que los dos enamorados tuvieran que separarse. Desde hacía poco que en España había estallado una cruenta guerra por la falacia de unos miserables, y los verdaderos patriotas no tardaron en ofrecer su sangre a la causa que con tanto ardor defendían.

Agustín era sargento de Regulares y estaba muy próximo a partir al frente. Desde hacía días que se esperaba aquella separación, que de no ser por el amor que aquellos seres se tenían, sin duda alguna que la tristeza no anidaría en sus corazones.

No habían hecho más que salir las mulas, cuando apareció Agustín. En su rostro se advierte mucho gozo, porque ya sabe cuándo ha de

partir, pero también, tras aquel gozo, se esconde una fuerte emoción. El mozo es bizarro, fuerte y simpático, se prevé en él al futuro héroe que admirará a la Patria con sus hazañas.

Con paso seguro va hacia el abuelo y le dice:

—Ya es seguro; mañana salimos.

—¿Qué me estás diciendo?—pregunta el señor Dionisio.

—Lo que usted oyó — afirma Agustín.

Hay un silencio más elocuente que todas las palabras; el buen abuelo cierra los ojos con fuerza para que no salten las lágrimas; y casi masticando las palabras, exclama:

—¡Pos qué recontrá, maño!... A mal tiempo... Esta noche hay que despedirte con una que sea soná, pa disimular la pena.

—¿Pena? — inquiriere Agustín riendo—. ¡Bah! De la guerra se vuelve, agüelo...

Luego mira a su alrededor, y como no halla lo que busca, pregunta:

—¿Dónde están las chicas?

—Por ahí andan — le señala el señor Dionisio.

La impaciencia consume al soldado. Quisiera alargar las pocas horas que preceden a su marcha, para poder estar más rato al lado de Gloria, mas como eso no puede ser,

por lo menos aprovechará todo el día y la noche para no moverse de su lado.

Gloria, que le ve llegar, impetuosamente se abraza a él, y como si ya oyera la sentencia, exclama:

—¡Agustín! ¡Di que no! ¡Di que es mentira! ¡Di que no te marchas!

El silencio de él le hace comprender que es ya irremediable, y sus ojos negros como el azabache, se nublan por unas lágrimas que saben a acibar y a hiel.

—Tenía que ser así — contesta Agustín—. Salimos mañana.

—¿Cómo me engañó el corazón— exclama dolorosamente Gloria—. Y qué triste me quedo, Agustín.

El se esfuerza en sonreír, pues aunque su temple es recio, la pena sincera de su amada le llega hasta lo más profundo de su alma.

—Mis cartas te traerán la alegría —le dice—. ¿Me escribirás tú también?

—Siempre... ¿Lo dudas, acaso?

Sin darse cuenta, sus rostros se han ido acercando hasta confundirse sus alientos, mas Pilara los retorna a la realidad, diciéndoles:

—¡Vamos, niños! Formalidad, ¿eh? No hay que ponerse tontos.

Los dos rien, pero se nota que quieren estar solos para decirse todo lo que, quizá en mucho tiempo, no se podrán decir, y tiernamente

enlazados por el tallo, sumidos en sus pensamientos, recorren aquellos jardines donde cada rincón tiene un grato recuerdo.

—Tu recuerdo me acompañará adonde quiera que vaya.

—Yo no te olvidaré nunca, mario—le promete ella. Luego vuelven a enmudecer; son muchas las cosas que querían decirse, y no hallan palabras adecuadas. Gloria recuerda la situación de la casa y eso la apena todavía más. Convulsivamente aprisiona las manos de Agustín, y le dice:

—Si no te tuviera a ti, si en ti no creyera, no sé cómo podría soportar la vida en esta casa.

—Mi pensamiento estará siempre contigo.

—¿A que va a tener razón mi hermana? ¿Quién dijo penas? Pero... ¿no nos queremos?, pues ¡venga alegría!

Este razonamiento se hace Gloria rápidamente, porque aunque su corazón sangra, no debe entristecer al hombre, que quizá dentro de poco caerá víctima del plomo enemigo. Y así, con su alegre sonrisa en los labios y el destello de sus ojos, en los que se adivinan dichas inefables, los dos enamorados prosiguen su paseo, jurándose una y mil veces amor y fidelidad.



## NUBES DE VERANO

CUAN pronto transcurrieron las horas cuando se viven felices! En todo el día, Gloria y Agustín no se han separado, olvidando por unos instantes la realidad. Se han forjado bellas ilusiones, esperanzas y muchos castillos de naipes que al menor soplo pueden derrumbarse.

El señor Dionisio quiere que la despedida sea «soná». ¿Por qué enturbiar la felicidad de los muchachos? Ha llamado a todos sus amigos, ha casi vaciado el tonel del mejor vino, y allí reunidos, cada uno con su vaso, brindan por la salud y bienaventuranza de los novios.

—Bien callao lo teníais—dice uno—. Pero a mí no se me fué por alto. Enhorabuena, chicos... ¡Claro! Tenía que ser así. Habíais nacido el uno para el otro.

Gloria mira a su novio, que se ríe y parece feliz. Lejos se oye el rasgueo de una guitarra, y Gloria, como corroborando las palabras del amigo, murmura:

—Agüita que corre al mar, atrás no puede volver.

Luego, Agustín canta, acompañando a su novia:

*Agüita que corre al mar  
atrás no puede volver.  
Así es también mi cariño,  
cariño,  
cariño.  
Agüita que corre al mar  
y atrás no puede volver.*

Los presentes miran con asombro a la pareja, que parece no se da cuenta de que se hallan en medio de otras personas, tal es el entusias-



mo con que sus cantos expresan la honda pasión que sienten.

También a Pilara y Releñe se les cae la baba, como vulgarmente se suele decir. El mozo anda tras de la chica, pero ella no le hace caso, aunque en el fondo no deja de desagradarle.

Releñe, sugestionado por el ambiente, acerca la boca al oído de Pilara, y muy bajito, le dice:

—El día que yo me jope de aquí, bien tristecica que te quedarás tú.

—¡Cálate! ¡Imprudente!

—Oye, oye. A mí me llamas tú bórico, embécil u lo que quieras. Pero ¡insultos, no!, que no te los aguento—protesta Releñe.

Y así, en franca camaradería, cantares y chistes, transcurre la noche, que para los dos enamorados corre cual si tuviera alas. Se bebe mucho, para con el vino, fuerte y tinto, olvidar por un instante las penas que cada uno siente.

Mientras, fuera de la posada ocurre algo que va a pesar mucho en la vida de nuestros protagonistas. Por la carretera oscura avanza un coche turismo a bastante velocidad, y en sentido contrario se acerca una camioneta que por poco se abalanza sobre el turismo, el cual tiene que hacer una rápida maniobra para no ser lanzado a la cuneta.

—¡Atontao!—grita el ocupante de la camioneta.

—¡Salvaje!—le increpa el del turismo.

La camioneta prosigue su marcha y el coche pequeño no tiene más remedio que parar, porque con la brusca maniobra ha ido a parar sobre unos montones de grava y uno de los neumáticos se deshinchó. Del interior del coche se apea un señor muy bien vestido, algo entrado en años, con cara de evidente contrariedad. Luego salen también una mujer y un hombre que se quedan mirando la rueda averiada. El señor de edad es don Ricardo, empresario de un afamado teatro, que se dirige a Zaragoza, donde Mary y Jorge, los otros dos ocupantes del coche, han sido contratados. Ambos son jóvenes y en su habla se advierte que no son españoles. Un fuerte acento francés les delata.

—Bueno. Esto nos faltaba—exclama don Ricardo.

—¡Qué contrariedad!—murmura también Mary.

—Estamos divertidos — opina Jorge.

Los tres miran la rueda sin saber qué hacer, y muy pronto sus ojos buscan algo que pueda servirles de refugio mientras algún mozo de los que por allí debe haber les arregle la avería. No tardan mucho

en ver el letrero de la Posada del Pilar, y allí van en busca de ayuda. A medida que se acercan, hasta sus oídos llegan las notas acordes de una canción que Gloria canta. Los tres quedan un instante parados, saboreando la emoción de aquella copa que dice así:

*Palomica aragonesa,  
no dejes tu palomar,  
que te harán volver de lejos  
las campanas del Pilar.*

Don Ricardo y sus acompañantes cambian unas miradas de inteligencia e inician la entrada a tiempo de oír los vitores de los mozos que con todo su entusiasmo dicen a Gloria:

—¡Bien, mañica!  
—¡Bravo!  
—¡Que se repita!

Todos callan de pronto, porque ven a los recién llegados, y el señor Dionisio, con esa nobleza tan reconocida en los aragoneses, les dice:

—Pasen, señores. Están ustedes en su casa.

El silencio se ha roto ya y todos acuden presurosos a ofrecer a los viajeros un asiento y una copa, para que descansen.

Los artistas y su empresario quedan encantados de la amabilidad con que son acogidos y aceptan contentos el asiento y el buen vino.

Pilara, por su parte, ha quedado mirando con atención a Mary, y se pregunta mentalmente:

—¿En dónde he visto yo la cara de esa mujer?

Por más esfuerzos que hace no puede hallar en su memoria recuerdo alguno que le defina quién es Mary.

Don Ricardo ha quedado visiblemente turbado ante la presencia de Gloria, y no es una turbación en la que pudiera haber ningún mal pensamiento. Don Ricardo es un hombre que adora el arte y en Gloria lo halla. Va a su vera y le estrecha la mano, felicitándola:

—La felicito de corazón, señorita. Canta usted muy bien.

—¿Verdad que sí? — Inquieta Agustín, halagado en su amor propio.

—Admirablemente—asevera don Ricardo.

Muchas gracias — responde Gloria, cohibida ante tantos elogios.

Mientras, Mary y Jorge se han sentado, y Releñe ha tenido buen cuidado de no dejar vaciar los vasos, y así, al poco tiempo, vuelve con una bandeja repleta de botellas y vasos. Es el señor Dionisio, como dueño de la venta, el que hace los honores a los viajeros, y les ofrece:

—Tomen sin reparos, que esto es cosa buena.

Mary ha bebido un poco y nota que, en efecto, el vino es superior, y exclama:

—¡Hola la! Oye, Jorge, si me magueo, ¿me sostendrán tus brazos?

—Magueáte, Mary—le responde Jorge, que se halla enamorado de la artista.

Luego Releñe le ofrece a don Ricardo otro vaso del tinto:

—Tome usted y alégrese, que aquí nos estamos alegrando tós, porque tós estamos mu tristes.

Don Ricardo ríe, y mientras saborea el delicioso vino, responde:

—Pues cualquiera lo diría.

—Figúrese que los novios tienen que separarse... porque él se va a la guerra — continúa explicando Releñe.

Don Ricardo levanta su vaso, y brindando por los jóvenes y los presentes, dice:

—Pues que tenga mucha suerte y que sean ustedes muy felices.

Con el vino, las coplas y el descanso, se han olvidado los artistas de lo primordial, o sea de que hay que arreglar el auto. Jorge es el primero en darse cuenta y dice al señor Dionisio.

—Aparte del susto, no ha sido nada. Pero les agradeceremos mu-

cho la ayuda de alguien para arreglar la rueda del coche.

—¡No faltaba más!—exclama el buen viejo—. Ahora mismo.

Luego busca al mozo y llama:

—Aver, ¡Releñe! Acompaña al señor y ponte a lo que te mande.

Releñe, obediente, se va con Jorge, dispuesto a levantar un monumento, si se lo mandan; pero el joven mira primero a Mary, que parece haberse olvidado de todo. Además, a su lado se halla Luis, un buen amigo de Agustín, que le dedica toda clase de atenciones.

—Por favor, no interrumpan ustedes la fiesta—protesta Mary—. Pero si todo esto es precioso... Y el vino, ¡qué formidable!

Luis se apresura a llenarle de nuevo la copa, susurrándole cerca del oído:

—Beba sin miedo, que no hace daño... y si se mareo... aquí estoy yo.

Una sonora carcajada acoge las palabras de Luis, mas no son risas de burla, sino al contrario, son de agrado.

—¡Magnífico!—grita con entusiasmo, y al ver a Jorge que la mira mezcla con estupor y desencanto, le dice:—¡Jorge! ¡Otra copa!... Y no te inquietes, que ya tengo quien me ayude.



—¡Yo también!—vocifera Jorge, refiriéndose a Releñe.

Todo es bullicio, aunque en el fondo se advierte una preocupación que no pasa inadvertida para Luis, el cual se levanta de su asiento y anima a los músicos:

—¡Venga otra jótica, valientes!

No se hacen rogar los tocadores. Las guitarras y las bandurrias lanzan los compases vibrantes de una jota, e inmediatamente el patio de la posada llenase de parejas que sin igual maestría bordan con los pies la danza de su patria chica.

Sólo Gloria y Agustín no bailan. Don Ricardo, como buen observador, se da cuenta de lo que pasa a los jóvenes. Va hacia ellos y con su aire siempre jovial les pregunta:

—¿Y ustedes no bailan?... claro, la separación de dos que se quieren es fuerte cosa...

—Es verdad—reconoce Gloria—. Pero no esté usted triste... ¡Vamos a bailar!

Agustín se contagia finalmente por la alegría de Gloria y también ellos se mezclan entre las demás parejas, mientras que con los ojos se dicen lo que sus bocas callan.

Don Ricardo no pierde de vista a la moza, y acercándose a Mary le pregunta:

—¿Qué te parece la chica?

—Muy simpática. Simpatiquisi-

ma—responde la artista lealmente.

Entretanto, Releñe ha sacado la rueda pinchada, y al tener la que el coche lleva en su parte posterior, exclama:

—Pero, ¡releñe!, la de ripuesto no tiene gota de aire.

—Cuánta molestia—se lamenta Jorge—. ¿Podrá usted?

—¿Cómo que si podrá? A fuerza y caza dura, no me gna denguno.

Hace un gesto de arrogancia y se dispone a empezar la dura labor del «inflaje», mientras Jorge se decide a regresar a la posada. Cuando penetra de nuevo, los bailarines han terminado ya y don Ricardo, satisfecho completamente, está diciendo a los novios:

—Les advierto que el baile, todo esto, es una estampa maravillosa. Y me han dado una buena idea para una revista que pienso montar.

—¡Ah!, ¿son ustedes artistas?—pregunta Gloria, continuando luego—. Pero ahora que caigo... la señorita es Mary Montecarlo, la estrella del teatro... ¡Claro!... Encontrarán esto tan insignificante, tan pobre...

—Todo lo contrario—protesta don Ricardo—; de un enorme interés. Y permítame que le pida un favor... ¿Por qué no nos canta usted otra canción?... Tan admirablemente como lo hizo antes...

—Tiene usted razón—intervino el abuelo—. Que canta muy requetebién... su voz es la alegría de esta casa.

—No diga eso, abuelo... ¿Qué pensará el señor?—dice con gracioso mohín Gloria.

Ahora es Mary, que le suplica:

—Si supiera usted cuánto estimaría el favor...

—Animo, señorita — la anima Jorge.

—Pero... la verdad... si estoy velada — se excusa Gloria, cuyas mejillas se hallan coloradas cual amapolas—. Además, la canción que sé es tan triste...

—Tendrán que dispensarla—intercede Agustín—. Ella no tiene costumbre... a lo mejor se trafa y...

—Pero si estos señores se empeñan—cede Gloria algo temerosa—. ¡Una cosa de mi tierra...! ¡Un momento!...

Va a la rondalla, y después de indicarle lo que va a cantar suenan de nuevo las guitarras y entre medio de ellas surge la voz, clara y diáfana de Gloria, que canta:

*Vuelven las horas lejanas  
¡ay patria querida!  
el eco de tus campanas  
es toda mi vida.  
Son tus campanas*

*las mías son...*

*que lejos están los días.*

*¡ay patria adorada!*

*cuando mi cuna meció*

*el rumor de tu canción.*

*Palomica aragonesa,*

*no dejes tu palomar,*

*que te harán volver de lejos*

*las campanas del Pilar.*

*Por vanidad y locura*

*he roto mi vida*

*ni hallo ternura*

*ni compasión.*

*Sola con mi consuelo,*

*¡ay, patria querida!*

*oigo lejos de tu auelo*

*las ecos de tu canción...*

*Palomica aragonesa,*

*no dejes tu palomar,*

*que te harán volver de lejos*

*las campanas del Pilar.*

Mientras ha ido cantando tan delicada melodía, la sonrisa no ha desaparecido de su rostro, y finalmente, en medio de sus amigos y sus familiares, ha terminado recibiendo un inmenso aplauso.

—¡Formidable!—exclama Mary.

—¡Magnífico!—asevera Jorge.

—¡Ay, mañica, qué güena has estao!—le dice otro.

—¡Muy bien, muy bien!—afirma don Ricardo.

—¡Así se canta!—exclama Luis.

Todos, en absoluto, tienen una



alabanza para la bella moza, y si no fuera porque está cansada, volverían a rogarle que cantara otra vez; pero se abstienen. Don Ricardo, al que se le ha ocurrido una idea, empieza a ponerla en práctica, diciéndole:

—¡Qué voz tan linda!... Es una verdadera lástima que... Además tiene usted belleza, figura. ¡Yo haría de usted una gran artista!

Las palabras del empresario, aun sin querer, se han adentrado en el alma sencilla y sin malicia de Gloria, la cual responde:

—¿A qué me lo voy a creer?

—¡Claro! ¡Claro!—asevera Mary, que se ha dado cuenta del fin perseguido por don Ricardo—. Tiene usted mucho talento y debe aprovecharlo. ¿Verdad, Jorge?

—Yo, en su lugar, no lo dudaría—responde éste.

Son tantas las cosas que oye Gloria, que insensiblemente va creyéndolo todo, y con un aire de triunfo y entusiasmo pregunta a Agustín:

—¿Has oído?... ¿Qué dices a esto? ¡Mira que yo en unas tablas!

—¿Tú en unas tablas? Vamos, chica, a ti te han trastornao las alabanzas—arguye molesto Agustín, al ver que su novia parece feliz sólo con el pensamiento de verse agasajada por un público. Su ceño se endurece un instante sólo, pero rá-

pido cambia de aspecto y volviéndose alegre de pronto, exclama:

—Bueno... Pero, ¿se ha acabado el vino?... Hay que beber, amigos.

Retornan las risas, el ruido de los vasos al chocar en brindis, y Agustín, sin saber por qué, como si un mal pensamiento aterazara su frente, se entristece, y como él no sabe fingir, porque es todo nobleza, le dice a Gloria:

—No sé por qué, me ha puesto triste tu canción.

Pero la clara sonrisa de su amada, la lealtad que se advierte en aquellos ojos, tiene la fuerza suficiente para alejar aquellos nubarrones que, inoportunos, de pronto, nublaban su felicidad.

Entre tanto, Releñe sigue con su trabajo, cada vez más cansado, pero terco como es, no cesa. Acierta a pasar por el lugar un muchachuelo que se queda mirando atentamente las maniobras del baturro, y finalmente le pregunta:

—Oye, Releñe, ¿está tu amo en la posada?

—¿Eh?... Sí... está... sí...—responde Releñe, sin dejar de darle a la bomba.

—Me paice a mí que tú no puedes con ésa—le sugiere el mozo.

—¿Que no?—inquiere Releñe con molestia—. Antes de un minuto está ya rodando.

—¡El que va a caer rodado vas a ser tú!—le espeta el chichuelo, y se va riendo, mientras que Releñe le sigue con la vista, indignado de que se haya burlado, y para que vea que de él no se ríe nadie, empieza a hinchar de nuevo el neumático, con tal fuerza que, poco a poco, la cubierta va cediendo y un estampido producido por el reventón de la cámara da con Releñe en el suelo medio muerto del susto. ¡La cara que van a poner los señores del autico cuando les diga lo que ha pasado! Por ese temor no quiere entrar en la posada y mira si puede arreglar el desgajado de alguna forma.

¡Dichoso él, que en nada piensa y todo lo encuentra bien! Sin embargo, qué estado de ánimo tan diferente tiene Agustín. En su cabeza le martillean constantemente las palabras de Gloria... ¡Ella en las tablas! ¡Qué absurdo! Le parece imposible que haya podido tener aquella idea y quiere que el señor Dionisio le dé su parecer; agarra un vaso de vino y se lo ofrece:

—Vamos con él, abuelo.

—Por venir de ti lo tomo—responde aquél cariñosamente—. El último, que ya me va arañando la caecica...

Bebe el vino ofrecido y agrega:

—¡Qué bien cantó Gloria! ¿Eh?

—Ya oyó usted que sirve para

cupletista—responde Agustín malhumorado.

—Déjate de gromas, Agustín—repróchale el abuelo—. De más, sabes que mi Gloria no es de esas...

Mientras ellos hablan y Agustín se va dando cuenta de que lo que ha pensado es disparatado y de que si Gloria supiera sus dudas se enojaría, llega el muchacho que poco antes estaba hablando con Releñe. En la mano trae una carta y se la alarga al señor Dionisio. Pilara lo ha visto, su fina percepción le hace ver que dentro de aquella misiva hay algo malo. Sólo con observar la cara del abuelo había bastante.

El señor Dionisio ha quedado serio. La realidad siempre brutal ha roto el encanto de aquella noche, pasea la mirada por todos sitios como si temiera ser descubierto. A él le parece que pocos han visto la entrega de la carta y se mete dentro de la casa a leer aquel papel, que tal vez lleva escrita su ruina.

Pilara intenta seguir al abuelo, mas Agustín, que también ha visto la transformación que ha sufrido el señor Dionisio, impide a la muchacha que pueda ir tras él, diciéndole:

—Quédate tú aquí.

Mas las risas que llegan hasta sus oídos le hacen detener un instante para averiguar lo que pasa. Es Releñe, que con sus cosas ha causado

tal hilaridad. Le estaba explicando a don Ricardo la aventura del neumático, y al final el empresario le dice:

—¡Lo que se habrá usted asustado!

—¿Quien, yo?... ¡Qué va! Tô lo contrario. Fué la gómica, la que reventó del susto.

Nuevas risas y Agustín sigue su camino, sintiendo interiormente la miseria que se cierne sobre aquellos seres, que muy pronto tendrá que abandonar, y a los que con seguridad no podrá socorrer. Entra en la casa y en medio de la sala ve al señor Dionisio con muestras de una gran pena. El muchacho se acerca a él y cogiéndole cariñosamente una mano, le dice:

—No disimule usted, señor Dionisio. Y conmigo menos, que me he criado como un hijo en esta casa... Además, que yo lo sé tó.

—¿Tú sabes?—inquire asustado el abuelo.

—Sí, señor. Que ese tío lo trae a usted acosado y al borde de la ruina. Poco puedo yo hacer ahora... pero de la guerra se vuelve, y tó se arreglará.

El señor Dionisio lanza un suspiro de satisfacción; las palabras del que considera como un hijo le han hecho un gran bien en su ánimo decaído, unas lágrimas de emoción

pugnan por salir, pero se contiene y apretando la mano de Agustín, le dice:

—No esperaba menos de ti, Agustín, hijo. Gracias... pero es una cosa que habré de resolver yo solo... ¡Dios me dará fuerzas!

El desdichado abuelo no quiere añadir nada más. ¿Para qué? Sabe que Agustín tiene que marchar y ya tiene bastante con su pena, ¿a qué afligirle más?

Así lo comprende el muchacho, y aunque le duele que el señor Dionisio no quiera hacerle partícipe de sus penas, en el fondo estima aquella abnegación.

Vuelve al patio, donde los reunidos se han sentado todos y miran a Mary que está dedicando una fotografía a Gloria.

—Muchas gracias. Es una preciosidad—ataba Gloria.

—En efecto, es una preciosidad—afirma Luis, refiriéndose a la imagen de Mary, y luego le pide:

—¿Tendría usted otra para mí?

—Sí, creo que sí...—responde la artista, ganada por la simpatía del muchacho. Saca de su bolso varias fotos y se las enseña, pero en todas está acompañada de Jorge y él quiere que sea ella sola. Finalmente encuentra la que prefiere, y dice:

—¡Oh!... Esa que está usted sola



me gusta mucho. ¿No quiere dedicármela?

—Claro. Pero ahora no... Vaya usted por el teatro... ¿sabe?

—Encantado, Mary — responde Luis, viendo en aquella invitación el cielo abierto a una posible conquista.

En tanto Jorge hace ver que está molesto porque nadie le pide su fotografía, ya que él también es artista, y sacando de su cartera una en que está en estudiada pose artística, dice riendo:

—¿Quién quiere una? A mí nadie me pide fotos...

Pero hay alguien que se la arrebató en seguida de la mano. Es Releñe, que con su habitual buen humor explica:

—¡Pa mí me la quodó!... En recuerdo del reventón.

Cuando se ha terminado el reparto de las fotografías, todos vuelven sus miradas al héroe de la fiesta, a Agustín, que todavía conserva en su rostro las huellas del sufrimiento por no poder remediar el del señor Dionisio. Todos advierten aquel semblante y Manolo, que cree que por lo avanzado de la noche deben retirarse todos, dice:

—Güeno, güeno, Agustínico; nos marchamos. Que te vaya bien.

También don Ricardo quiere iniciar la retirada, pero antes intenta

de nuevo hacer penetrar sus palabras en el ánimo de Gloria para que se decida a dejar la vida de la venta y se vaya con ellos a conquistar glorias y laureles.

—En serio, señorita—dice punsario— Reúne usted todas las condiciones necesarias para llegar a ser una gran artista, como Mary.

—Estoy confundida, señor. No sé qué decirle...

—No lo olvide — continúa don Ricardo—. ¡Ah! Aparte de eso, ¿por qué no va usted alguna vez a vernos ensayar? Es muy divertido... Quedará usted encantada... Estoy seguro de que le gustará mucho todo aquello.

—Sí, claro... Debe ser muy bonito... Pero, bueno se pondría mi novio.

Don Ricardo sabe ya que interiormente ha convencido a Gloria y que ésta irá al teatro a ver los ensayos, y lo demás todo será fácil. Estrecha la mano de la muchacha y después de agradecer la velada y la ayuda se van los artistas, dejando a Agustín con aquel sabor amargo que hace ya rato tiene.

También Manolo, su amigo, se despide, diciéndole:

—Bueno, chico, en la estación te veré.

—Sí... bueno... gracias — res-

ponde casi automáticamente Agustín.

—Pero qué te pasa?—inquire Manolo, al ver el aire distraído de su amigo.

—¡Ah!... Nada, Manolo... ¿A mí?... Hasta mañana, ¿eh?

Manolo se ríe. Le consta que la preocupación de Agustín es Gloria, y para animarle le hace saber:

—No tengas cuidado, hombre, ¡si no te la quitan!

¡Y ay del que intentara hacerlos! Porque Agustín pelearía hasta con las uñas para conservar el amor de Gloria, pero a veces los celos son como los microbios malignos, que se van adentrando en nuestro ser hasta hacernos morir, y eso es lo que le pasa a Agustín.

Crecido al lado de Gloria y de Pilara, falto de padres y por lo tanto de un amor que le hiciera sentir ansias de vivir, para su poca edad fué como si al lado del señor Dionisio hallara un calor hasta entonces desconocido para él. Su carácter un tanto adusto y retraído fué corrigiéndose a medida que los días iban pasando y sin saber a ciencia cierta lo que era, todas sus atenciones iban para Gloria. Los juguetes, los azotes y las alegrías eran repartidas entre los dos y Agustín estaba muy contento cuando Gloria, aun con las lágrimas de la última azotai-

na le agradecía con una sonrisa y unos pucheritos las palabras de consuelo y el abrazo fraternal. Luego, cuando el tiempo fué pasando y quedaron relegados en un rincón los juguetes para dar paso a los útiles del trabajo, Gloria siempre tuvo en Agustín al mozo fuerte que la ayudaba en los quehaceres más penosos y que se daba prisa en terminar los suyos para ayudar así a la muchacha. Juntos fueron a la escuela y por la noche, cuando el frío invernal ponía un albo manto en los caminos y carreteras que conducían a la posada y era poco el tránsito de carreros y caminantes, los dos muchachos, al amor de la lumbre tenían sus almas pendientes de los relatos, sencillos y llenos de encanto, que el abuelo con el afán de dar una distracción a los pequeños imaginaba o recordaba a semejanza de aquellos cuentos que también en días ya lejanos había oído contar de bocas de sus abuelos y de sus padres.

Luego, a medida que el tiempo fué pasando y la vida les iba mostrando que no todo son juegos, aquella amistad, mejor dicho aquel cariño de hermanos fué trocándose en un sentimiento que ninguno de los dos podía descifrar. Pero si hemos de tener en cuenta lo que Gloria sentía, podemos decir que por la



noche, cuando cansada del trabajo su cuerpo reposaba en aquella habitación blanca y sencilla, sin más arreglo ni más alegría que la que su presencia ponía, cerraba los ojos y soñaba despierta. Veía aparecer a lo lejos al príncipe encantado que invariablemente contaba en todos los relatos el abuelo, que en blanco corcel la arrebatara amorosamente del lecho donde descansaba y después de mucho galopar se encontraba en un lindo palacio, donde todo el mundo se inclinaba ante su persona y era servida por muchas doncellas. Luego veía una escalinata larga, muy larga y en su cumbre un trono en el que ella se sentaba, siempre acompañada del príncipe y ¡oh casualidad!, este príncipe siempre era Agustín. Recorría hermosos jardines cuajados de flores de todos los países que exhalaban un aroma ensomador y luego cientos y cientos de pajes regalaban sus oídos con las más exquisitas melodías, cual si un coro de arcángeles la rodearan y de sus violines arrancaran los más gratos sonos.

Estos sueños eran diarios y poco a poco sus párpados se cerraban, huyendo a las regiones de la fantasía y en toda la noche una sonrisa de felicidad y satisfacción no se desdibujaba nunca.

Cuando el nuevo día era llegado,

Gloria bajaba siempre contenta, entre el trino de los pajarillos, su voz era uno más a acompañarles y como si las aves comprendieran que tenía mucho más mérito lo que oían que sus conciertos, callaban sus picos y mientras Gloria cantaba en todos los jardines de los alrededores no se oía un solo pajarillo.

Y ya finalmente cuando ella pudo analizar su sentimiento dióse cuenta de que estaba enamorada locamente de Agustín, de que era él quien hacía que ella estuviera alegre, de que era su presencia que la ponía turbada y con las mejillas rojas cual amapolas y ya no quiso esconder por más tiempo aquella amorosa pasión que con el tiempo había ido creciendo en su corazón. Temblorosa, como la colegiala que ha cometido una mala acción, habló de lo que sentía con el abuelo, y su alegría fué inmensa cuando por boca del venerable anciano supo que su mayor deseo era que Agustín se convirtiera con el tiempo en su marido. Desde entonces Gloria no pensó más que en el momento que Agustín se le declarara.

En cambio Agustín, sentía lo mismo que Gloria, pero más tímido que ella o quizás por un resto de mal entendido orgullo no quiso decirle a Gloria que también él la amaba. Temía verse rechazado, pues

que él no era más que un extraño en aquella casa, aunque siempre le habían demostrado que era un hijo más, pero cuando recordaba que nada podía ofrecer a la mujer amada, que todo lo que era y tenía lo debía precisamente al hombre que en sus manos tenía su felicidad o su desventura.

Todas aquellas atenciones que para con Gloria había demostrado era una prueba de su infinito amor y quizás un poco más práctico que romántico, sus sueños sólo se concretaban a crearse una situación libre, a ser un hombre de provecho para poder ofrecer a Gloria una vida segura y placentera como la que en tiempos mejores que los que pasaban había tenido al lado de su abuelo.

Cuando pasado algún tiempo pensó con calma que bien podía considerarse como un hijo más de la casa y vió claramente que Gloria le daba ánimos para que se declarara, no dudó ya más y una tarde, mientras ella iba cortando rosas para adornar la venta y el pequeño altar, entre muchas vacilaciones y cohibido por la sonrisa de ella, en pocas palabras le dijo lo mucho que la amaba; luego, avergonzado, se marchó corriendo e hizo todo lo posible para no comparecer delante de Gloria, hasta que ella al día siguiente

le le dió el sí tan ansiado y que tan feliz le hizo.

Los días que transcurrieron desde aquella memorable tarde fueron para los dos enamorados de una ventura intensa, para ellos desapareció todo lo que no hacía referencia a su amor y aquellos parajes que tan vistos tenían les parecían que habían adquirido nuevos encantos y que hasta el sol brillaba con más fuerza que antes.

Aquella felicidad se vió truncada por la guerra que hacía poco tiempo había estallado, y si bien ambos tenían la confianza de que saldrían con bien de aquella prueba que el Destino les había impuesto, no por eso dejaban de sentir aquel resquemor que produce el temor de perder lo que con tanta ansiedad se anhela.

Por eso, por todo lo que Agustín había pasado al lado de Gloria y también porque estaba seguro de que su novia servía para el teatro, temía que diera crédito a las palabras de aquellos desconocidos y creyera todo lo que le decían, máxime cuando las guerras siempre traen cosas que normalmente no se harían.

Agustín está deseando que aquellas personas los dejen en paz y sigan su camino sin que se acuerden, a ser posible, de ellos y que más que

todo dejen a Gloria sin calentarle la cabeza, pues él sólo desea que las ideas de ella y sus pensamientos sean suyos y que nadie pueda distraerlos.

Ya todos han dejado en silencio la venta, y Gloria acude al lado de su novio, alegre como siempre. Le enseña la fotografía, diciéndole:

—Mira, Agustín, qué retrato tan bonito.

—Sí, muy bonito —responde aquél indiferente.

—Pero, ¿qué te pasa?—inquire Gloria.

—No me gusta esa gente, y mucho menos que tú les hagas caso... ¡Que yo sé tus aficiones, Gloria! Pero, ¿podrás olvidar tus promesas por la palabrería de una gente que ni siquiera conoces?

Todo el malhumor que contenía en su pecho ha estallado en esas palabras, mas Gloria, con cara com-

pungida, le mira fijamente y pregunta:

—Agustín, ¿y tú crees eso? ¿Ya no te acuerdas de la prenda de mi cariño?

Le ha dicho eso señalándole el pecho, donde junto al corazón del hombre amado está la Virgen del Pilar, aquella medalla que ella tanto quería y que como prueba de cariño le ha entregado. El muchacho ha comprendido, cambia su recelosa expresión por una sonrisa de seguridad satisfecha y se saca del pecho la medalla, al propio tiempo que responde:

—Tienes razón. Perdóname. Olvidé que me lo juraste por ella.

Gloria, como para dar mayor veracidad a sus palabras, besa la sagrada imagen con devoción, y aquella pequeña nubecilla que parecía haber empañado por unos momentos tanta felicidad, desapareció como por ensalmo.



## PALOMICA ARAGONESA, NO DEJES TU PALOMAR

**Q**UE pronto termina la felicidad! Esta exclamación muchos la hemos lanzado en diversas ocasiones.

Artistas hay que la pintan como una mujer inconstante y voluble, y así debe ser. Cuando más creídos estamos de que la tenemos, de que ya nada podrá arrebatarnos lo que para nosotros constituye la mayor de las dichas, entonces algo ocurre que nos sume en la desesperación y en la tristeza.

Para nuestros protagonistas, la noche pasó como un soplo, como algo quimérico, y la aurora, al alumbrar con sus primeras luces la Posada del Pilar, trajo también el momento fatal de la despedida. Agustín, aunque procuró dormir un poco, no pudo lograrlo, y ya de mañana esperó la hora en que debía dejar a sus seres más queridos para ir en pos de la gloria o de la muerte.

Las calles de la ciudad se halla-

ban abarrotadas de patriotas que, con pañuelos y banderas, van a despedir a la juventud, a estos hombres que quizá mañana habrán pagado con su vida su amor a España. Marchan los soldados marcialmente, con la sonrisa en los labios y el gesto enérgico. En sus ojos puede leerse que no cejarán ante el enemigo y que ellos devolverán a su querida tierra la Paz y la Justicia.

Al lado de su pelotón va también Agustín, en su rostro tampoco se trasluce la pena, porque, como hombre fuerte, sabe ocultarla, y al son de las trompetas y los tambores, su figura adquiere todavía más arrogancia.

Ha llegado la fuerza a la estación. Suben los combatientes al tren, y antes de que parta se despiden de sus deudos.

A despedir a Agustín han acudido todos menos el señor Dionisio. El buen viejo sabe que no podrá

contener las lágrimas y en casa ha dado un abrazo muy fuerte al muchacho y no se han dicho nada... la emoción hubiera traicionado su voz.

Agustín, desde lo alto del tren, dice con gesto animoso:

—Hasta pronto, Gloria... ¡Ya lo veréis!

—¿Qué sola me quedo, Agustín! —exclama Gloria conteniendo también los sollozos, pues quiere ser digna de él, fuerte como el amado.

Parte el tren despacio, y por las ventanillas del mismo se agitan cientos y cientos de pañuelos, que más bien parecen palomas blancas augurios de una paz próxima. Por fin desaparece el convoy y en el andén sólo quedan algunas personas que todavía otean el horizonte con la esperanza de ver otra vez al ser querido.

Han transcurrido varios días desde la partida de Agustín. En la posada todo continúa igual, o mejor dicho, peor. No hay un céntimo en toda la casa y el señor Dionisio no tiene más remedio que pedir otro préstamo que le concede el usurero porque luego cobrará el dón por cien.

El abuelo, sentado delante de una mesa, firma el recibo que le ha presentado el avaro, y que dice:

«Soy en deber a don Matías Do-

minguez la cantidad de treinta mil pesetas, obligándome a devolverlas en el plazo y condiciones que se expresan al respaldo de este documento». Luego viene la fecha y finalmente la firma por el pulso tembloroso del señor Dionisio.

Pilara ha visto aquel nuevo peso a la ruina y con el corazón amargado por la angustia entra al cuarto donde Gloria se halla peinándose.

—¡Gloria!... ¡Gloria!

—Mira, Pilara. El mismo peinado de Mary Montecarlo... ¿verdad que me favorece? —le pregunta Gloria, mas como ve que su hermana nada dice, inquiere de nuevo:

—¿Qué, te gusta?

—Sí, mucho...

—Pero, ¿qué tienes?

—¡Ay, Gloria... tengo miedo!... ¿Qué va a ser de nosotras? El abuelo ha firmado... —explica por fin Pilara.

Gloria abraza a su hermana y le dice animosamente:

—Si tenía que ser así, tonta. Los tiempos han sido malos. Pero al fin todo se arreglará.

—Ya sé que dices eso para consolarme. Cada día se llevan algo de esta casa y acabaremos por encontrarnos en la calle.

—¡En la calle! —exclama Gloria horrorizada—. Que no seas tonta, te digo, y no llores más. Si te viera



el abuelo... Hay que tener valor. Pues mira que si yo también me entregara, sin más ni más...

—Sí, pero...—arguye Pilara.

—No me desanimas, Pilara. ¿No me estás viendo?—le dice Gloria, mirando fijamente a su hermana para inculcarle el valor que necesita y que ella misma no tiene. También sabe lo mal que está la situación en su casa y que a no tardar la posada y todo lo que hay en ella irá a parar a manos del prestamista, y luego... la más horrible miseria se cebará en ellas y en el pobre abuelo.

Esta idea le martillea el cerebro y se decide a poner fin a todo aquello, sea de la forma que sea. Recuerda a don Ricardo y sin más dilación marcha a Zaragoza en busca de aquel señor que tanto le prometió. Por el camino le parece oír todavía:

—Yo haré de usted una gran artista.

También acude a sus oídos la voz de Mary, que dijo:

—¡Es simpatiquísima!

Cuando se ha dado cuenta de todo ya se halla en medio del escenario. Una orquesta está tocando un baile que ejecutan graciosamente Mary y Jorge. Nadie se ha percatado todavía de su presencia, hasta que al avanzar un poco más es vista por Luis.

—¡Qué sorpresa, chica! ¿Tú aquí?—le pregunta.

—Hola, Luis. Acabo de llegar—responde Gloria, luego se fija en los bailarines y continúa:

—¡Qué bien bailan! ¿Verdad?

—Gloria, ¿a qué has venido? Ten cuidado. Esto no es para ti — le aconseja Luis, previendo que aquellas visitas al teatro pueden tener malas consecuencias—. Permíteme un consejo: vuélvete a tu casa.

—Si supieras cómo anda aquello —responde la muchacha apenada—. Pero quizá tengas razón...

Unas palabras más de Luis, y Gloria hubiera marchado de allí como de un lugar apestado, mas no puede lograrlo, porque don Ricardo se ha dado cuenta de su presencia y entusiasmado va a su encuentro, diciéndole:

—¡Cómo! Pero, pasen ustedes... Mary, Jorge, mirad quién hay aquí.

Los dos bailarines también se alegran y estrechan efusivamente la mano de Gloria.

—Pero, por favor, no estemos aquí—arguye don Ricardo—. Venga, venga. Yo también sé ofrecer una copa de buen vino a mis visitantes.

Entre don Ricardo y Jorge se llevan a Gloria dentro del despacho del empresario, y en las tablas quedan Mary y Luis, que a toda costa

quiera llevarse a la artista a cenar, aunque ella se ha negado ya, mas él insiste:

—Entonces, ¿encargo la cena?

Cede Mary a cambio de que le sirvan aquel vino tan delicioso que bebió en la posada.

—¿Y si te mareas, Mary?—pregunta Luis.

—¿Lo sentirías tú?—inquire a su vez la artista.

—¡Ya sabes que no!—responde Luis.

Sus manos se han buscado y ya no hace falta añadir nada más. Seguramente que Jorge se quedará sin pareja, o por lo menos sin novia.

Entretanto, en el despacho de don Ricardo, éste está venciendo los últimos reductos de resistencia de Gloria.

—Sus escrúpulos son bastante infantiles—le dice.

—Ande, Gloria, ánimese. El porvenir es suyo—le anima Jorge.

—¿Y si no fuera así?—pregunta Gloria, dudando.

—Imposible — responde seguro don Ricardo—. Además, no se preocupe. Yo lo sufrago todo, yo cuidaré de su repertorio... ¿Quiere usted que hable con su abuelo?

—No, no — protesta Gloria—. Eso, no... ¡pobre viejo!

Vacila la joven. Es muy tentadora la oferta y la necesidad es inmen-

sa. En su conciencia se está librando una batalla, pero finalmente, razonando, dice:

—Es necesario, sí. He de intentarlo, cuando menos... Disponga usted, don Ricardo.

—Pero, ¿es que acepta usted?—pregunta, casi sin creerlo, Jorge.

—¡Claro! — afirma don Ricardo—. No hace más que lo que debe.

—Por eso que hago lo que debo, no habrá poder en el mundo que me vuelva atrás.

La decisión ya está hecha. Gloria siente una pena profunda, imposible de describir, porque tiene la corteza de que su abuela la maldecirá y que su Agustín, cuando se entere de lo que ha hecho, también la aborrecerá... mas ¿es justo que su abuelo y su hermana se vean en medio de la calle, pudiendo ella luchar por la vida?

Zaragoza cuenta desde entonces con una paloma menos. Gloria se marcha, va lejos, muy lejos. Nadie conocería en ella a aquella muchachita de la Posada del Pilar. Cuando todo ha estado listo para empezar la jira, en un coche parte de su ciudad natal. Al pasar por delante del templo del Pilar, ve una bandada de palomas que inquietas revolotean entre los árboles. El auto las asusta y emprenden un vuelo hacia las cúpulas del templo; sólo una

paloma, quizá más asustada que todas, se eleva, se eleva y se pierde en el espacio. Mentalmente, Gloria recuerda aquella canción:

*Palomita aragonesa,  
no dejes tu palomar,  
que te harán volver de lejos  
las campanas del Pilar.*

(Quién sabe si ella también, algún día, volverá arrepentida como aquella paloma que audazmente se ha alejado de sus semejantes.

\*\*\*

París, Roma, Venecia, Berlín, Londres, Río de Janeiro, Argentina, todas esas grandes urbes ha recorrido Gloria. En todas partes su arte inimitable ha levantado aplausos inmensos. Del anónimo ha saltado a la más alta popularidad. Gloria del Moncayo se lee ya en todos sitios, en letreros luminosos, en revistas, periódicos. Su fama es ya tan grande, que por su gran envergadura no ha podido quedar oculta, como hubiera sido su deseo.

Y no es que desee pasar inadvertida porque sus paisanos no se enteren de que se dedica al teatro. Su deseo es más bien llevado por el recuerdo de aquel hombre que en vano espera sus noticias y que pen-

sará sin género de dudas que lo ha olvidado.

Mientras el héroe se estará batiendo en inhóspitas tierras, ella tiene siempre una oración en los labios para que Dios libre de todo mal al buen muchacho.

El pensamiento de Gloria del Moncayo, fue muy distinto al principio. Aceptó las proposiciones de don Ricardo con la esperanza de que con pocas actuaciones por España tendría lo suficiente para llevar a cabo su acción, más la popularidad de la artista fue extendiéndose rápidamente por el extranjero y don Ricardo empezó a aceptar contratos en ultramar que luego tuvieron que ser cumplidos, aunque Gloria se opuso primero, pero convenciónse luego de que no había más remedio que continuar la carrera. Además que el primer paso estaba ya dado y si algún día volvía a su tierra natal, le echarían en cara su desvío, aunque bien sabía Dios que ella no era mala y que si hizo lo que hizo era con el pensamiento de ayudar a los suyos, aun a trueque de perder aquellos cariños que eran para ella tanto como su propia vida.

Nada, ni los viajes continuos, ni los agasajos de que era objeto la podían volver a la realidad. Parecía como si sólo estuviera presente su cuerpo, mientras que el alma había



volado muy lejos de los países que recorría para estar constantemente al lado de su abuelo y ayudarle en los momentos difíciles que sin duda estaba pasando.

En efecto, desde que Gloria abandonó la casa paterna, que pareció como si de golpe todo debía venir abajo. El pobre abuelo no pudo soportar aquel pago que él consideraba injusto y cayó enfermo, mientras que Pilara tuvo que hacer verdaderos alardes para que se mantuviera a flote el poco crédito que el buen viejo tenía. También Rafeñe secundó a la muchacha de una forma más que satisfactoria y entre los dos, luchando a brazo partido con la fatalidad, fueron saliendo del apuro que los había dejado la marcha de Gloria, de la que no supieron nada más.

De tarde en tarde recibían noticias de Agustín, pero eran noticias escuetas, sin mencionar para nada a Gloria, y ellos sabían muy bien por qué. Tampoco él había sabido nada de la mujer amada y aunque el abuelo y Pilara tuvieron buen cuidado de ocultarle la verdad, las noticias corren como la pólvora y muy pronto supo el muchacho que aquella chiquilla buena o ingenua era ahora una actriz consumada y mimada por todos los públicos.

La noticia le sumió en la mayor desesperación y loco de dolor y de

ira, era el primero en lanzarse al ataque, ofreciendo su pecho a las balas para que de una vez terminaran con aquel lento sufrir, pero nada lograba con su desesperación y así de esta manera iba logrando la estimación de sus jefes que muy pronto vieron en él al héroe que conjuntamente con otros como él iban a dar días de lauro a la Patria. Las condecoraciones empezaron a ser prendidas en su pecho y de sargento iba a ser ascendido a teniente, aunque él lo único que perseguía era una muerte de la que siempre tendría remordimiento aquella mujer a la que tanto había amado.

Pilara seguía con interés las reseñas que hacían de él en los periódicos y cierto día, presentóse el usurero en la Venta, manifestando el deseo de hablar con el señor Dionisio, mas este, que no estaba para tratar con nadie, no quiso recibirle, aunque sabía que con ello se cerraba las puertas del crédito, pero casi no pudo dar crédito a lo que oyó.

Agustín, su Agustínico, a pesar de hallarse en el frente, se disponía a pagar todas las deudas y además todavía iba a pasar una pensión a ellos para que fueran viviendo.

Aquella acción tocó el corazón del señor Dionisio, que no pudo contener las lágrimas tanto tiempo contenidas y bendijo al muchacho que



tan bien se portaba y que quién sabe los sacrificios que se imponía para pagar aquellas deudas.

En las cartas que escribió el abuelo dándole las gracias por todo, no recibió nunca una palabra que hiciera mención a su acción generosa y el señor Dionisio lo achacó a un exceso de bondad, creyendo que con aquello quería el chico pagar lo mucho que por él había hecho.

Así de esta forma, la Venta del Pilar fué resurgiendo poco a poco y no tardó mucho en conocer los esplendorosos días de antaño, por lo que el nombrar a Agustín era algo como si se mencionara a un Dios.

Entretanto Gloria seguía su peregrinación por remotas tierras y de Europa saltaba a América para cumplir con sus compromisos, siendo esperada en todos los lugares con verdadera curiosidad, pues nadie cómo ella llevaba los aires populares españoles tan cuajados de sentimiento y originalidad. Su actuación era un éxito por todas partes y don Ricardo veía que el mayor negocio de su vida lo había logrado gracias a Gloria del Moncayo, a la que no regateaba ningún esfuerzo; al contrario, hacía lo posible para que sus más pequeños caprichos fueran cumplidos y también quiso muchas veces hacerla salir de aquel ambiente tan retraído que llevaba,

pero por más que quiso nunca logró nada.

Gloria no tenía más distracción que aquellos viajes precipitados, donde precisamente el ajetreo la hacía olvidar por unos momentos toda la amargura de su corazón.

En su trabajo ponía todo el sentimiento de la Patria lejana y de esta forma le parecía que se encontraba mucho más cerca, aunque en realidad los ojos si no la tenían por completo olvidada no se le faltaba mucho, pues el señor Dionisio prohibió terminantemente que en su casa se hablara de aquella mujer que él consideraba como muerta.

Mas a pesar de llevar una vida agitada, de tener a cada momento la tentación ofreciéndole paraísos muy felices a simple vista, pero cuajados de desengaños y maldad en su interior, Gloria del Moncayo, la artista preferida por todos los públicos, sigue siendo la Gloria de la posada del Pilar. Su alma se conserva pura y sin mancha. Ningún hombre puede vanagloriarse de haber logrado el más pequeño favor. Únicamente una sonrisa es todo lo que les ha dado. Su inocencia es tal que cree que tanto Agustín como su abuelo estarán orgullosos de ella y que nada tendrá que temer el día que vuelva a Zaragoza.

Una copla canta en todos los sitios, que es como homenaje a la Patria que abandonó, y dice:

*Por vanidad y locura  
he roto mi vida.  
Ni hullo ternura  
ni compasión.  
Sola con mi desconsuelo,  
¡ay, patria querida!  
oigo lejos de tu suelo  
los ecos de esta canción.  
Palomica aragonesa,  
no dejes tu palomar,  
que te harán volver de lejos  
las campanas del Pilar.*

Al final de esta canción es coronada siempre con ovaciones indescriptibles. Su empresario, don Ricardo, está siempre atento a todo, no la ha abandonado jamás y cada día está más satisfecho de su hallazgo. Se sabe ya de memoria lo que ha de decir a los periodistas:

—¿No se lo dije a ustedes? Una maravilla.

—¡Sencillamente colosal! — exclamaron los reporteros.

—Esa mujer es su obra, don Ricardo. Enhorabuena — le felicita otro.

Luego se dirigen al camarero, a conocer personalmente y más de cerca a la artista. Don Ricardo so-

licita permiso de Gloria y ésta lo concede de buen grado. Son las preguntas de siempre: ¿Qué país le ha gustado más? ¿Qué bebida prefiere?, en fin, lo que acostumbran a preguntar invariabilmente los periodistas.

Satisfecha la curiosidad de los visitantes, Gloria se dispone a cambiar su ropa de escena por la de calle, pero una ligera tos la hace volver la cabeza y ve a Jorge. Le molesta aquel asedio constante. Desde que Mary se marchó con Luis, Jorge, sin duda, quiso reemplazar a la antigua por Gloria, creyendo tal vez que sería tan fácil como su pareja, mas pronto se dió cuenta de que era inaccesible y lo que empezó por una pasión puramente material se iba convirtiendo en un amor puro, al que Jorge estaba seguro que no sería correspondido.

Gloria lo ha mirado enojada, agresiva casi, y le apostrofa:

—Y tú aprovechándote de la situación. Eres de plomo, hijo.

—No me riñas, mujer. Si ya me voy. Pero quiero que aceptes este regalito—se disculpa Jorge alargándole una caja de regulares dimensiones.

—Mira, Jorge, no te molestes. No voy. Porque sé que vienes a invitarme a cenar.

—Palabra de honor que no. De

GLORIA DEL MONCAYO (Los de Aragón)



— ¿Cómo te aprovechas  
que no tengo más remedio.



— Bien callau lo tenís—  
dice uno — Enhorabuena  
chicos...



—Mis cartas te traerán la  
alegría —



—Yo no te olvidaré nun-  
ca, miñico...



GLORIA DEL MONCAYO (Los de Aragón)



Surge la voz clara y diáfana de Gloria.

—¡Hasta pronto, Gloria!  
...¡Ya lo veréis!



- ¡Qué sorpresa Gloria!



- Es necesario, sí. He de intentarlo cuando menos...



- ¿Cómo has tenido el valor de venir?... Si el agüello te viera...

- ¡Releñet! ¡Tu hermanal...



—Me voy — exclama Gloria — pero deshonra no.



—Siempre será triste mi cantar. No puede ser otra cosa.



GLORIA DEL MONCAYO (Los de Aragón)



—En cuanto estés libre,  
a casa, mañá...



Cuando ha terminado el  
rezo se siente confortada.



—Ah, Gloria. Otra vez  
entre los tuyos...



Saca el clavel que lleva  
en la solapa y lo pone en el  
pequeño altar...

verdad que no... Toma. Hasta luego.

Se marcha Jorge dejando, no obstante, la caja que contiene el obsequio, y don Ricardo no puede por menos que decir:

—¿Por qué tratas así a este pobre muchacho? El te quiere bien... ¿Hace mal en invitarte? Es tu compañero y tú tienes derecho a divertirti, como Mary...

—Como Mary, desde luego que no — ataja rápidamente Gloria—. Usted sabe que yo quiero mucho a Jorge... Pero tiene la manía de las cenas, y a mí, las cenas, en casa.

—Pero es que eres huraña con todos. Con todos...

De sobras sabe Gloria lo que viene detrás de aquellas amonestaciones. Don Ricardo quiere que sea una artista como todas. Que se deje invitar, aunque sin pasar de ahí, pero que deje aquella vida retraída. Del hotel al teatro y del teatro al hotel. Sonríe satisfecha porque ha sabido guardarse de todo, y de pronto sus ojos tropiezan con un ramo de rosas, como aquellas que ella cuidaba con tanto esmero en el jardín de su casa. Aspira su perfume con delectación, y exclama:

—¡Qué lindas son! Está bien. Mis flores preferidas. Y vienen sin tarjeta—añade después de cerciorarse de que no hay indicio alguno

de quién las envía—. ¡Qué interesante! ¡El caballero misterioso!

Don Ricardo también va dándose cuenta de que Gloria continuará siempre por el camino recto y que nada podrá apartarla de él. Se decide a no hablar más sobre el asunto, y para quitar el mal sabor que pueden haber producido sus anteriores palabras, saca un periódico de España y se lo enseña, preguntándole:

—¿Qué dices a esto? Prensa de España y hablando de tu próxima gira por allí. Todo está ya perfectamente arreglado.

Gloria lee los elogios que hacen de ella y exclama:

—¡Magnífico!... Pero a Zaragoza no voy.

—¡Qué obstinación! ¡No negarás que eres baturra!

—Le tengo miedo a mi tierra—explica Gloria.

—Miedo, miedo — le reprocha don Ricardo—. Allí triunfarás como en todas partes. Ya sabes que yo no me equivoco. ¿No acerté acaso cuando adiviné tu porvenir de artista?

—Mi porvenir... Yo sólo pienso en mi pasado. Dejemos esto— ruega Gloria—. De Zaragoza, ni hablar.

—¿A que no vas a resultar una buena baturra? En fin, te dejo...

Hasta mañana, y no olvides lo que te he dicho.

—Me ha dicho tantas cosas. ¿A qué se refiere usted? —inquiera Gloria.

—A Jorge... ¡Pobre chico! Aún no has abierto su regalo.

Sonríe y se marcha, mientras que Gloria, mujer al fin y al cabo, y curiosa como todas, abre la caja que contiene el presente de Jorge. No hace más que levantar la tapa, cuando del interior surge un muñeco muy parecido a Jorge, que con voz grotesca le pregunta:

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

—No. ¡Nooo!—exclama Gloria.

—¡Síiii!—grita otra voz.

Se vuelve a la puerta Gloria y ve a Jorge, riendo a mandíbula batiente.

El truco ha dado el resultado apetecido. No puede negarse que es original y Gloria así lo reconoce, diciendo:

—Eres una calamidad, mañico. Pero te has salido con la tuya.

—¡Bravo, Gloria!—exclama Jorge entusiasmado—. Déjame que te diga, como los de tu tierra: ¡Re-diez! ¡Recontral! ¡Releñe!

Por primera vez, después de mucho tiempo, Gloria ha ido a divertirse, Jorge la acompaña, tal como quedaron antes, y ambos se hallan

en un salón distinguido de aquella capital, saboreando sendas copas de champaña.

Jorge piensa que tal vez aquella noche será la oportunidad para declararse, y empieza diciéndole:

—Ya lo sabes. Esta noche soy verdaderamente feliz, completamente feliz, absolutamente feliz...

—Un infeliz, es lo que eres, si piensas que voy a creerle—le responde Gloria, en broma.

—¡Gloria, no seas así!— ruega Jorge—. Soñé tantas veces con este momento...

—Como no me digas otras cosas, no me cogen de sorpresa tus intenciones.

La orquesta inicia un baile y Gloria se levanta para bailar y para desviar aquella conversación que por poco que se alargue le resultará enojosa. Mas Jorge no es hombre que abandone pronto una empresa y cuando ya llevan unos instantes bailando vuelve a la carga:

—De verdad, Gloria... Aunque sólo fuera porque sé que continúas la jira con nosotros, estoy contento, absolutamente, completamente...

—Verdaderamente feliz—ataja Gloria... ¡Ay, hijo, qué cosa tan sencilla es para ti la felicidad!... Yo no la conozco todavía.

—Cuando quieras, te la presen-



## GLORIA DEL MONCAYO (Los de Aragón)

to. Tengo bastante amistad con ella — responde, en broma, Jorge.

— Ya se conoce, ya... cuántas mujeres en tu vida. ¿no?

— Muchas mujeres — responde con sinceridad Jorge—. Pero ni una sola mujer...

Ha terminado la música y vuelven a la mesa y vuelve Jorge a las andadas:

— Gloria, tienes que escucharme. He de decirte tantas cosas... Quiero que habiemos largo y tendido.

— Largo, bien... pero sentados, ¿no te parece?

Y Jorge, con gran entusiasmo, va derramando palabras de amor que no hallan el más pequeño eco en el corazón de Gloria, y no porque su corazón sea insensible, sino porque en lo más profundo de su ser prometió ser de Agustín o de nadie.

Menos mal que un incidente muy agradable iba a parar el monólogo de Jorge. Gloria ha visto entrar en el cabaret a Mary. También la artista la ha visto y corre como una loca a su encuentro.

— ¡Que agradable sorpresa, Gloria! ¿Cómo tú por aquí? ¿Qué tal, Jorge? Magnífico, chicos... ¿Sabes que viene conmigo un paisano tuyo?

— ¿Un paisano mío? — inquiere Gloria—. ¿Quién puede ser? Tal vez el caballero misterioso...

— ¡Caramba! ¿Y eso qué es? — pregunta también Jorge.

— ¡Allí lo tenéis! — señala Mary hacia la entrada, por la que acaba de aparecer Luis.

— ¡Qué sorpresa, Gloria! — exclama sinceramente—. ¿Y tú, cómo estás, Jorge?

— Bienvenido, Luis — responde aquel.

Comprende Mary que su amiga tendrá deseos de hablar con Luis de algo que le interesa mucho, y para alejar a Jorge de allí, le dice:

— Esta noche tengo unas ganas locas de bailar. ¿Vamos, Jorge? Con vuestro permiso, ¿eh?

— Bueno — accede Jorge sumiso.

La situación es embarazosa para los dos compatriotas. Luis es un buen amigo de Agustín y le duele ver a la que aquel consideraba como al más santa de las mujeres en aquel ambiente. Mas como por algún lado ha de iniciarse la conversación, empieza diciendo:

— No creía encontrarte aquí. Mary me dijo que hacías una vida muy retraída... Esta tarde te aplaudí mucho. ¡Eres una gran artista!

— Y tú regalas unas ronas muy bonitas — responde Gloria.

— ¿Yo? Tú crees que... — pretende ocultar todavía Luis.

— Lo que no me explico es por qué no estuviste a verme, ¿Por qué

guardaste en secreto tu regalo?—  
inquire curiosa Gloria.

—Yo soy buen amigo de mis amigos...—responde Luis.

—¿Qué quieres decir?—pregunta Gloria, que no ha comprendido el sentido de las palabras de Luis.

—Que hubiera preferido no encontrarte aquí, esta noche, Gloria. Yo no sé mentir. Y si alguien me pregunta...

—Si alguien te pregunta, no tienes más que decirle la verdad—le aconseja con firmeza Gloria.

—La verdad, es bastante desagradable, Gloria.

—Ahora pregunto yo: ¿lo crees tú así?—le ha preguntado, mirándole fijamente a los ojos, para que lea en ellos si allí hay maldad de ninguna clase.

—Bastante desagradable. De ti no esperaba esto — responde con franqueza Luis.

—¿Esto...? ¿Qué quiere decir esto?

—Este ambiente, esta hora... ¡Esto! ¡Aquí hay un peligro, Gloria!—le advierte Luis.

—Aquí no hay más peligro que el de tu mala intención—le apostrofa Gloria.

—No he querido ofenderte—se disculpa el joven.

—Pues lo has conseguido—le dice de mal humor Gloria—. Acabas

de suponer en mí la misma facilidad que en la mujer que te acompaña. Y eso no te lo tolero, maño. Ni a ti ni a nadie.

—Te aseguro que no tuve el propósito de molestarte—vuelve a insistir Luis.

—Porque te creo, te perdono. Si supieras cuánta alegría he sentido al verte... Acércame la copa, Luis. Brindemos por nuestra tierra, ¿quieres?—le invita.

—¿No piensas ir por allá?—pregunta él.

—Todavía no ha llegado la hora—responde Gloria con la mirada vaga, como si en su cabeza bullera una idea que la atormenta. Por fin pregunta—: Dime, Luis, ¿y por mi casa? ¿Qué tal sigue el abuelo? He sabido que ahora marcha bien el negocio.

—Así es—declara Luis—. Según se dice, es Agustín, quien lo ha levantado.

El rostro de Gloria se transfigura de alegría, y dice:

—¿Agustín? ¿Has dicho Agustín? Si supieras cuánto te agradezco la noticia.

—¿No sabes? Es el orgullo de todos nosotros.

Luego saca Luis un recorte de periódico y se la da a Gloria.

Allí está el retrato del hombre amado, del hombre que tal vez ma-

ñana la escupirá en la cara, por falsa, y bien sabe Dios que no es verdad. Por sus méritos en campaña ha sido ascendido a teniente y ha logrado el mejor galardón que puede obtener un soldado: la cruz laureada de San Fernando. Lee el relato y se emociona. Agustín es el primero que en el campo de batalla se lanza al ataque con fiereza sin igual. No teme al enemigo ni teme a las balas. En los sitios de peligro allí está él, alentando con su voz sonora a los que temen. Para él ya no existe allí más que un deber: salvar a la patria de sus enemigos, y como si Dios quisiera que su anhelo llegue al final, le ampara en todas ocasiones.

Cuando ha terminado Gloria de leer la reseña, sus ojos se han nublado de lágrimas. Con voz imperceptible casi, pregunta a Luis:

¿Me prestas el recorte?

—Sí, mujer, quedatelo—accede Luis.

Luis se va dando cuenta de lo que ha hecho Gloria. Siente haber expuesto unas palabras que sin duda alguna habrán lacerado todavía más el alma doliente de la pobre muchacha. En cierta ocasión Mary ya le había dicho algo que él se resistió a creer, estaba convencido de que Gloria había abandonado a los suyos porque la vida de la farándula

la le atraía y era mucho más fácil que el estar día y noche tras el mostrador de la posada esperando al viajero para luego irse a la cama deshecha del ajetreo y volver al siguiente día con el mismo tema.

Pero el muchacho ya no piensa ahora como entonces; la cara de pena de Gloria es lo bastante elocuente para hacérselo entender así y si no fuera por estorbar los pensamientos que en aquellos momentos se albergan en la mente de Gloria le hubiera pedido perdón por su concepto mal formado.

En efecto, Gloria está abrumada por el peso de los recuerdos. Lamenta que Luis la haya encontrado en aquel lugar, máxime al saber que Agustín se está jugando la vida a diario, quizás con el coraje de pensar que ha sido traicionado y que quien sabe si en la lucha busca afanosamente la bala homicida.

Gloria ha cerrado los ojos y entre el zumbido de los ventiladores del cabaret le parece oír el silbido de los obuses que estallan a dos metros de su amado; luego, en un esfuerzo de su imaginación, ve a Agustín arrastrándose por la tierra empapada de sangre luchando bravamente contra sus enemigos y que una bala siega su vida joven y fuerte. Un sudor frío ha perlado su frente. Abre los ojos temerosa de ver



más, y casi sin darse cuenta aprisiona entre las suyas la mano de Luis.

Ha pasado el momento de emoción y Gloria no puede contener por más tiempo. Lentamente va explicando a su amigo cómo estaba la posada cuando se marchó Agustín y que la única salvación de todos era que ella tomara una resolución para terminar con aquel estado que amenazaba con dejarlos a todos a la calle. Confesó también que el dinero lo enviaba ella y que su abuelo estaba en la creencia de que era Agustín quien salvaba la situación de la casa.

Luis la admiró y entonces le pidió perdón por su mal pensamiento, diciéndole que si algún día volvía a Zaragoza él mismo se cuidaría de abrir los ojos a los que dudaban de ella.

Entretanto los dos jóvenes sostenían tan interesante conversación, Mary y Jorge, sin muestras de guardarse rencor alguno, continuaban bailando en la pista. Mary al ver que Jorge ya no la atendía como antes, por tener a Gloria junto a él, dejó a don Ricardo y se fué en busca de nueva compañía. No tardó en encontrarla y Luis se brindó solícito a acompañarla a todos sitios, pues muchacho de buena posición se podía permitir el lujo de viajar por

todo el mundo sin grave perjuicio para sus intereses.

Los dos congeniaron muy pronto y si bien para Luis no era un amor profundo lo que sentía hacia la bella francesita, en cambio su compañía le servía de gran distracción e incluso podía asegurarse que Mary le amaba.

Por eso, ahora, al encontrarse con Jorge, lo saludó como si durante toda la vida no hubiera existido nada más que una amistad muy grande en la que el corazón no hubiera intervenido para nada.

Mientras seguían los compases del bailable que ejecutaba la orquesta, Mary miró maliciosamente a Jorge y le preguntó:

—¡Eh! ¡Jorge!... ¿Qué tal Gloria del Moncayo?... ¿Puedo felicitarte?

—Desde luego— responde Jorge.—Estoy muy contento de tenerla a mi lado.

Seguramente que no era esa la respuesta esperada por Mary, pues haciendo un mohín de disgusto, dijo:

—¿Nada más? Entonces no te felicito.

—Según tus teorías, haces perfectamente — fué la nueva respuesta de Jorge.

En efecto, Mary estaba acostumbrada a los trapicheos de su amigo y sabía que para Jorge una mujer



que al cabo de poco tiempo no cayera rendida en sus brazos era como un trasto inútil al que se deja abandonado o se tira, y por eso le extrañaba aquella contestación que en sí encerraba todo un poema.

El hombre más versado en tratar a mujeres fáciles, está expuesto a encontrar a la que un día le robe toda la atención y lo que es peor a no verse correspondido y este es el caso de Jorge. En un principio creyó que Gloria sería tan fácil como Mary y como las que anteriormente había tenido, mas al darse cuenta de que no era nada factible desencaminar a la muchacha, la amistad verdadera fue creciendo en él, terminando por no acordarse de que un día tuvo un pensamiento amoroso por la bella aragonesa. Ahora veía solo en ella a la compañera de trabajo a la que debía respetar.

También Mary se dió cuenta un poco más tarde de que algún día le sería fácil volver con Jorge. Las palabras de su amigo la habían hecho recapacitar y pronto vió que Luis más tarde o más temprano la abandonaría.

Gloria aspiraba solo a volver entre los suyos, en ser perdonada de unas culpas que no había cometido y de ser feliz al lado de Agustín, mientras que ella nunca podría unirse para toda la vida como Dios

manda con Luis. Había una sociedad que no le perdonaría nunca semejante acción y hacerlo contra todos representaría el fracaso y enlazar el buen nombre del que hasta entonces la acompañaba y se había convertido en su amante.

Ante estos pensamientos, Mary tuvo ganas de meterse en el torbellino de la locura.

Terminado el baile cogió a Jorge por la mano y arrastrándolo hasta el bar le dijo:

—¡Oh! esta noche tengo unas ganas locas de beber.

Se hicieron servir champaña, y apuró de un sorbo el contenido de la copa exclamando:

—¡Oh! ¡qué rico está!...

A esta copa siguieron otras muchas hasta que olvidó por completo el lugar donde se hallaba. Menos mal que Luis, enfrascado en su conversación con Gloria, no se ha dado cuenta del espectáculo que ofrece Mary, pues de haberse dado cuenta tal vez hubiera marchado de allí asqueado.

Tampoco Gloria se ha podido percatar de la locura de Mary. Al lado de Luis las horas han transcurrido veloces hablando de su tierra y de sus seres queridos. ¡Cuánto no daría ella ahora por encontrarse en la posada al lado de su hermana y su abuelo! Solo con la imaginación po-

día trasponer los cientos de kilómetros que la separaban de allí.

También Luis le contó su vida al lado de Mary. En el fondo estaba pesaroso de haberse marchado con la artista y los dos coincidieron que la noche en que despidieron a Agustín fué una noche sombría para todos. Pero no hay duda de que en el libro de la vida, cada mortal tiene escrito su sino y es inútil luchar contra lo que indefectiblemente debe sucedernos.

Gloria recordó a Luis cuando le dijo que el teatro no era lugar adecuado para ella y sin embargo él también estaba allí rondando a Mary, de la que según decía estaba ya cansado. Si él era infeliz, nadie más tenía la culpa, pues la felicidad la había tenido muchas veces al alcance de su mano y sin embargo siempre la dejó escapar. La iba a buscar lejos de todos los que lo querían, lejos de sus padres y ahora por una casualidad se habían encontrado dos seres que suspiraban por el mismo motivo, que añoraban la Patria lejana y a la que quien sabe si algún día podrían volver.

Tal vez era el pago a los errores que podían haber cometido. Luis se calificaba a sí mismo como el judío

Errante. Había recorrido casi todo el mundo, hallando siempre caras completamente desconocidas, idiomas incomprensibles para él. A la novedad del momento se sucedieron luego los días de hastío y de tedio y finalmente nada podía volverle a su antiguo buen humor.

La conversación entre los dos amigos fué decayendo hasta que Gloria volvió de nuevo a leer el periódico donde como una silueta acusadora se destacaba el retrato de Agustín. Sus ojos volvieron a recorrer las líneas que ya antes había leído y una congoja infinita sacudió su pecho.

Lo que ha leído ha trastornado tanto su cabeza, que ya no puede continuar en aquel ambiente de alegría, mientras tal vez su Agustín está derramando su generosa sangre. Se levanta y dice a Jorge:

—¿Quieres acompañarme?

—¿Cómo, ya te vas? Pero si está empezando la noche—exclama Jorge sin comprender.

Mas a ella no le importa que empiece o termine, y se reintegra al hotel. Al llegar a él dice a Jorge:

—Dile a don Ricardo que firme también Zaragoza.

## LA VUELTA A LA PATRIA

**E**L momento temido por Gloria ha llegado ya. Se encuentra en Zaragoza. Dentro de breves días debutará. En el balcón del hotel contempla aquellas palomas que no se han marchado, y nuevamente en sus oídos resuena la copla que tantas veces ella ha cantado. Casi sin darse cuenta, la canta en voz alta, y al terminar penetra en la habitación, diciendo a don Ricardo:

—Esa jote, parece que la han hecho para mí.

—¡Y dale! ¿Es que tienes placer en torturarte? — responde molesto don Ricardo—. Ya estás en tu tierra, y el ambiente es de una expectación enorme...

—Sin embargo, tengo miedo— vuelve a repetir Gloria.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿Y a quién? Tú eres una mujer que vive del arte, honradamente—le sugiere el empresario.

—Y que lo diga usted, señorita —afirma también la doncella, que no se ha separado de ella en toda la jira.

—Desde luego. Y si no fuera así, no hubiera vuelto a Zaragoza por todo el oro del mundo.

Electivamente, Gloria no podía imaginarse, por muchos esfuerzos que hiciera, que sus paisanos guardarán tan acorbo recuerdo de ella. Interiormente de nada tenía que

tacharse, pero existe un dicho que reza para tener razón es menester tenerla, darla a entender y que te la quieran dar. Y este es el caso de Gloria del Moncayo. Los conocidos de ella por más que se esforzara en decirles la verdad, se mostrarían tercios en reconocer el sacrificio que se imponía y que se había impuesto, más como al fin y al cabo ella era incapaz de sostener un mal pensamiento estaba creída de que los suyos le abrían los brazos tan pronto supieran que de nuevo se hallaba en su tierra, y sin embargo que lejos estaba de la realidad... Nadie sabía hasta entonces la llegada de Gloria, en primer lugar porque don Ricardo, en previsión de lo que pudiera ocurrir había tenido buen cuidado de no hacer ninguna publicidad y en segundo lugar porque la población estaba en aquellos días demasiado agitada para enterarse de otras cosas.

La guerra había llegado a su término y todo el mundo se preocupaba de festejar el fin de la horrible contienda que había costado la vida a miles y miles de hermanos. Tal vez si no hubiera sido por eso, la llegada de Gloria no hubiera pasado inadvertida para nadie, y lo que en algunas ocasiones temía la artista se hubiera producido antes de de-

butar, pero felizmente para ella, todo se iba desarrollando normalmente y don Ricardo, creído también de que nada tenían que temer, se disponía a lanzar a los cuatro vientos la noticia.

Quería que su aparición en el teatro zaragozano fuera un acontecimiento que Gloria no pudiera olvidar jamás. Quería hacer llegar al corazón de todos, el sentimiento de la canción patria por labios de Gloria del Moncayo, y estaba seguro de lograr su intento.

Las palabras de confianza de don Ricardo han servido de lenitivo y optimismo para el ánimo de Gloria, y ahora sólo espera con ansiedad el momento en que se tendrá que enfrentarse con los suyos. Estaba decidida a que si la llevaban al fracaso marcharse de nuevo a lejanas tierras y a hacer lo que hasta entonces se había abstenido.

Mientras, el Destino estaba labrando una de sus jugarretas, que lo mismo podían hacer la felicidad de Gloria que su desdicha eterna.

Aquel día se ha anunciado la llegada de los combatientes, que una vez lograda la victoria final vuelven a sus hogares a embriagarse con el carño y el calor del hogar, que durante tanto tiempo han carecido de él.



Pilara y Releño han acudido a la ciudad a ver si entre aquel puñado de valientes llega también Agustín. Precisamente se han parado frente a un quiosco de periódicos y Pilara ve algo que la hace sorprender. En una revista está retratada su hermana, vestida de gitana. Rápidamente compra la revista y contempla a Gloria con gesto entristecido. Los sonos marciales de una marcha la sacan de su abstracción y corre en pos de los soldados que ya llegan. También Releño, que todavía no se ha dado cuenta de la revista, corre tras Pilara y le dice:

—Me paice a mí que te gustan a tú mucho los militares...

Peró Pilara no le hace caso. Entre el conjunto de soldados distingue a Agustín. Su semblante es quizá más duro que antes de marchar, pero sonríe. Pilara le grita:

—¡Agustín! ¡Agustín! ¡Bien venido! ¡Agustín!

Corren tras él y por fin lo alcanzan. Pilara le dice:

—En cuanto estés libre, a casa, maño. No te entretengas...

—¡El agüolico está desoando verte!—le grita Releño.

Se pierden a lo lejos los soldados, y Releño, satisfecho, exclama:

—¡Qué majico viene!

Luego repara en la revista que

lleva Pilara en las manos y le pregunta:

—A ver, tú, ¿qué llevas ahí?

—¿Y a ti que te importa? Tó qués sabelo.

—¡Pilara!—le chilla Releño, y en vista de que no puede saber nada, arrebatla violentamente la revista de manos de Pilara y exclama asombrado:

—¡Releño! ¡Tu hermana! ¿Ande llevas ese papelucho? Si el agüelo te lo viera...

—Siempre serás tú quien le vaya con el soplo. Tú y nadie más que tú ha sido quien le ha dicho al agüelo que Gloria está en Zaragoza.

—¿Yo? A mí no me mientes si quiera a esa descastá. Ya verás lo que la espera—indica Releño, haciendo acción de vaporeo.

—Como la molestes en lo más peqañico, no guévas a icime güenos ojos tienes—le dice Pilara.

—Yo no pueo icir que son güenos unos ojos tan esmirriados—responde Releño.

—¡Borríco, más que borricó!—le grita Pilara, y lo deja plantado en medio de la calle, llevándose la revista, pero Releño compra otra, y dice:

—No. Como guapa, es bien guapa, la condená.

Mientras contempla la fotografía,

tropieza con unos amigos de Agustín, y el mozo, con gran alborozo, dice:

—Más m'alegro d'encontraros, que si me tocara el gordo... ¿Sabis que ha llegau el Agustín?

—Y lo pior es que Gloria está ya aquí... Si se enterá que esa mujer llegó ya a aZragosa...

—Hay que evitar que se vean— propone Manolo.

—Con lo que la quería y con el furor que debe golver. En fin, yo me voy para casa—indica Releñe—. Y vusotros pal bario, a enzurizar a la gente. A ver si le cascan a esa (refiriéndose a Gloria), que me paice que la cascarán.

Aquellos hombres, en su odio hacia Gloria, sin detenerse a saber nada y sin pensar por un instante que antes de condenar hay que juzgar, preparan una que sea sonada y que dé con el cartel de Gloria por el suelo.

Dos o tres baturros, los más brutos que Releñe ha podido encontrar, serán los encargados de dar la bronca en el teatro, y a tal efecto se hallan en un bar preparando el escándalo.

—Me paice a mí que va a ir bien servida—dice uno.

—Yo estoy por llevarme los borcuques con clavos—dice otro.

—¿Pa qué? Con las varas hay bastante...

—¿Vais a algún partido de fútbol?—pregunta Tablones, un maño capaz de hacer las mayores barbaridades.

—Queremos quitarle la cabeza a esa cupletista que dibuta mañana ahí enfrente—le explican.

—Chicos, lo que vais a hacer es una burrada—se opondrá Manolo.

—¿Tan mala es?—inquire Tablones.

—Pior—responden—. Se escapó de su casa pa echase a las varietés, y nos hizimos juramento los del barrio pa dale un que sentir.

—Bien me paice—exclama Tablones—. Soy de los vuestros. ¿A armar trefulca? Aunque cantaloe. Y andando se quita el frío. Voy a mercar las entradas, no sea que mañana falten. De aquí a un minuto estoy otra vez aquí.

—Pa mí no saques entrada—le indica Manolo.

Marcha Tablones y en el bar quedan los demás, departiendo acerca de la gansada que piensan hacer.

Mientras, en la Posada de Pilar, todo continúa igual que antes. Mejor dicho, igual, no, porque el pobre abuelo ha perdido mucho desde que Gloria abandonó la casa. Sin embar-

go, el cariño que sentía hacia Agustín ha crecido mucho más, pues gracias a él se ha salvado la casa, o, por lo menos, el señor Dionisio así lo cree. Sabe que su nieta está en Zaragoza y aquello le muerde todavía más el corazón. No puede quitársela de la memoria, porque ella era la alegría de aquella casa y precisamente aquel día se acuerda más que en anteriores.

Quizá es debido a que Gloria está entrando en aquel preciso instante en la casa. Como persona que nada tiene que reprocharse, vuelve por los fueros que voluntariamente abandoné, y frente a aquella imagen para ella tan querida, de la Virgen del Pilar, ve a su hermana. Esta todavía no se ha dado cuenta de su presencia, y Gloria llama:

—¡Pilara!

—¡Gloria! ¡Gloria! ¿Tú aquí?— pregunta asombrada Pilara.

¿A qué preguntar? La voz de la sangre es muy fuerte para negar el cariño a un hermano, y sin decirse nada más, ambas mujeres se confunden en un abrazo y sus lágrimas ruedan juntas. Cuando ha pasado el primer momento de emoción, Pilara inquiere:

—Pero, ¿cómo has tenido el valor de venir? Si el agüelo te viera...

—A eso vengo— responde Glo-

ria—. Ya sé que nadie me perdonaría en esta casa, que dejara un día... Pero no me arrepiento de lo que hice. Y si mil veces se repitiera aquella ocasión, mil veces volvería a hacerlo...

—No hables así, hermana—le reprocha Pilara—. El agüelo no levanta cabeza dende entonces, Agustín...

—La lo sé. Todos me creéis una mujer mala. Y eso ha de acabarse. Y a eso vengo. A recobrar los cariños que tan injustamente me negaron.

Gloria, después de estas palabras, penetra decidida en su casa, mas Pilara se interpone, suplicándole:

—Por la memoria de nuestros padres, Gloria, no entres.

Gloria sonríe amargamente. Nunca creyó que hasta su hermana quisiera evitarle la entrada en su casa, pero se impone y penetra en el comedor, donde su abuelo está pasando cuentas con Releñe.

—¿Cuánto icías que t'habían costao los güevos?—pregunta en aquel instante el señor Dionisio.

—Dos... dos cincuenta... Y las judías...—responde Releñe.

—Ya están puestas—le indica el abuelo.

—Como icen que las judías se ri-



piten...—apunta cómicamente Releño, pero calla por lo que ve y que no puede creer. También el señor Dionisio mira con extrañeza a la recién llegada, que no es otra que Gloria. Luego la extrañeza se troca en indignación y masticando las palabras, le pregunta:

—¿Quién es su mercé? No la conozco, y pué que valga más...

—¡Abuelo! — clama ella con pena.

—¿Qué he de ser yo aguelo tuyo? Yo tuve una nieta que era mi alegría, pero me la robó el demonio malo de la vanidad—le escupe el señor Dionisio.

—¡Abuelo!—repite Gloria, esta vez, airada, pues no puede tolerar semejante insulto.

—Pal cuento, como tenía güen ver, se le llenó la cabeza de pajarcos y se jué por el mundo a cantar cupletes—sigue acusando el abuelo.

—Deje que le explique—suplica Gloria.

—Yo no tengo más que una nieta, esta... la Pilara, que es una mujer de bien—le indcia el señor Dionisio abrazando a su nieta, y luego continúa—: Mucho vestido de seda y muchas pedrerías. Claro, que todo lo habrás ganau como se ganan esas cosas.

Gloria tiene que taparse los oídos

para no oír tamaños insultos, pero todavía tiene fuerzas para gritar:

—¿Qué horror!... ¡Falso! ¡Falso! ¡Yo he sido siempre buena, abuelo!

—Si me lo hubieran dicho algún día...

—Amos, tenga usted ánimos—le dice Releño—. ¿No me ve usted a mí—y llora como un niño.

—Ni tuviste reparo en destrozar el corazón de Agustín... Ese será, si es caso, nieto mío—continúa el señor Dionisio—. Nada nos toca y sin embargo nos dió su ayuda, porque ha sido él, quien evitó nuestra ruina, junta a tu deshonor.

—¡Por la Pilarica, abuelo! ¡Por la Virgen bendita, déjeme que le explique!—intenta en vano suplicar Gloria.

Pero ya el abuelo ni siquiera la mira; se sienta a la mesa y dice a Releño:

—Amos a seguir las cuentas.

—¡Me voy!—exclama Gloria—. ¡Pero deshonrá, no!

Y de su casa sale Gloria, aquella mujer que nada ha hecho, al contrario, ha hecho mucho, hora es que se diga y a Sólo ella ha sido quien ha ido pagando al usurero todas las cantidades que prestaba a su abuelo, y por eso, sólo por eso y no por tener la cabeza llena de pájaros, se



metió a artista, y para hacer su acción todavía más grande, hizo decir al prestamista que el dinero que se le devolvía provenía de Agustín. Y ahora, ni tan siquiera querían escucharla, cuando tanto lo necesitaba. Todos estaban creídos que era una mujer mala y en esa creencia vivirían a no ser que su Virgen, la del Pilar, hiciera un milagro y devolviera la claridad a aquellos corazones que también tanto habían sufrido. En la posada, la visita de Gloria ha quedado en el olvido, al parecer. Nadie quiere hablar de ella por no disgustar al abuelo, y éste, sin embargo, sufre lo indecible. Bien quisiera creer que es inocente, que es pura, pero no puede. Sin embargo, ¡cuántas consideraciones tiene para Agustín! Cuando el soldado llegó, le hizo meter en la cama, a descansar, quiere evitar toda clase de ruido y al oír a Releñe que está machacando algo en un almirez, va a él y le dice:

—Eh, Releñe, condenau!, monos golpear, que vas a despertale. ¡Ah!, y cuidiau en icite que esa mujer estuvo aquí... Y tú, Pilara, echa toda tu cencia... Pobretico, qué falto de sueño venia

—A ver, después del viajejico, anoche se cargó la imaginaria en el cuartel.

De fuera llega claro el canto de una mujer, que a voz en grito canta una canción.

El señor Dionisio se desespera y dice a Releñe:

—A ver, Releñe, dile a esa condená que se deje de coplicas.

Sale corriendo el mozo, y en llegando a la muchacha que lava, le dice:

—¡Chiiiis! No enredes tanto con el soldau, que vas a dispartar al ti-niente.

—¡Jesús, hijo! ¿Pero es que ni cantar puede una? —pregunta la moza, molesta.

—¡A callar, so... —dice Releñe.

—So... ¿qué? —inquire la muchacha, dispuesta a darle una tunda a Releñe.

—¡Zopenca! —tiene el valor de insultarla Releñe.

Seguramente que de no intervenir Pilara, se arma un jaleo descomunal, mas la chica, con un gesto enérgico, les ordena:

—¿Queréis callar?... Vais a dar lugar a que Agustín se despierte...

Una risa que proviene del piso, hace levantar la cabeza a los tres, y ven a Agustín que baja las escaleras.

—Pero, ¿cómo? ¿Ya estás levantao?

—La emoción no me ha dejado dormir... Tiene para mí tantos recuerdos esta casa... — exclama Agustín suspirando tristemente. Luego va a Pilara y en voz baja le pregunta:

—Oye, dime, Pilara... ¿Sabes algo de Gloria?

—Yo... ¿qué quieres que te diga?... La verdad es que... Tú has sido tan bueno para nosotros... — responde ella.

—Muchacha... Ya estás con la misma cantineña del abuelo esta mañana... Pero no es eso... tu hermana... —va a decir Agustín.

—Mi hermana salió de esta casa para no volver... ¿Qué más puedo decirte?—declara Pilara, temerosa de que le coja a preguntas y le haga confesar todo lo que sabe, pero la llegada oportuna de Luis corta la conversación y los dos amigos se abrazan con efusión.

—¡Vivan los baturros valientes! —exclama Luis—. Estuve en el cuartel y me dijeron que desde hoy tenías permiso. Chico, parece que fué ayer cuando te marchaste.

—Dos años hace — recuerda Agustín—. ¡Las cosas que han pasado en dos años!... ¿Y Manolo?

—Esperándonos está... Todos nos acordábamos mucho de ti.

—Todos, no—rectifica Agustín.

—Calla. No pienses en aquello— le aconseja Luis—. Créeme, si yo hubiera podido evitar lo que sucedió...

—Ya lo sé... ¡Maldita mil veces! —exclama Agustín—. ¡Lo que he penao por ella!

—Yo me resistía a decirte la verdad.

—Cuando recibí tu carta, sólo tuve ganas de morir, y de aquellas ganas me ha venido esto, mis estrellas, esta cruz—enseña Agustín, señalando su pecho, donde lleva prendidos aquellos galardones que tantos sinsabores le han costado.

—No se hable más de ello, Vamos a tomar unas copas—invita Luis para alejar sombríos pensamientos de la cabeza de aquel hombre que también ha sufrido tanto.

Marchan los dos amigos, y al cabo de poco tiempo están sentados en un café, donde también está la nueva amiga de Luis, una sevillana graciosa como todas ellas, y que se le queja diciendo:

—Me tienes abandoná, Lui. Desde que yegó tu amigo, er teniente...

—¡Ah!, pero, ¿hay gato encerrado?—pregunta Agustín, viendo que su amigo tiene aventurillas amorosas.

—Eso de gato... — responde la sevillana.

—Es un decir. Con gatos como usted, ¡quién fuera cordilla!—exclama Agustín.

—¡Olé! ¡Viva el talento! Me parece, Lui de mi arma, que te va a desbancar el melitá—dice ella, provocando la risa de los amigos.

Y así, entre chistes y copas, van pasando el rato, logrando con ello por un instante, que Agustín deje sus sombríos pensamientos.

Luego, cuando el calorillo del vino produce sus efectos, Manolo ruega a Agustín que cante, mas él se disculpa, su corazón no está para cantos, hasta que la sevillana le dice:

—¡Cante usted ya, mala persona, que estamos tós deseando oírle!

—Siempre será triste mi cantar. No puede ser otra cosa—indica, y a continuación, mientras que la música acompaña, canta:

*Esa historia de amargura  
canto sólo para mí.  
Una noche clara,  
de luna serena,  
borrando mi pena  
me alejé de aquí.  
Loco de amor  
y de su lado marché,  
recordando, mi dolor,  
las promesas engañosas.*

*de la copla que ella cantó.*

*Agüita que corre al mar...*

*agüita que corre al mar,*

*adráa no puede volver.*

*¡Así es también mi cariño*

*cariño, cariño!*

*Agüita que corre al mar*

*y adráa no puede volver.*

*Por pensar en una Gloria*

*otra gloria conseguí.*

*Sape su deavío,*

*y mi pensamiento,*

*desde aquel momento*

*sólo fue morir.*

*Giryo de furor*

*a la turba me lancé*

*y avanzando sin temor*

*conquistaba para España*

*nuevos timbres de inmortal valor.*

*Me premiaron una hazaña*

*y era el precio de mi amor.*

*Mi Patria clavó esta cruz,*

*mi patria clavó esta cruz,*

*en la tumba de un querer.*

*Bendito el amor de España,*

*de España, de España,*

*que ampara con esta cruz*

*la tumba de mi querer.*

En esta canción, Agustín ha volcado todo su dolor, y el sentimiento de la copla ha impresionado a los oyentes, que aplauden al bravo militar, que ha quedado triste y con una congoja infinita en su alma.

—¡Gracias a todos! Pero habéis



conseguido que el canto me entristezca más—agradece Agustín.

También Tablones ha oído el canto, y con su gesto campechano se acerca al grupo y dice:

—Mi tiniente, manque no tengo el gusto de conocerle, ahí van esos cinco—y le alarga la mano—. Que ha estao usté guano. Colás, el Tablones, pa servile. ¡Mozo, convida a estos señores!

Nuevas copas se juntan a las ya consumidas, hasta que Agustín sale a dar un paseo por aquellos lugares que años atrás le vieron pasar tan feliz y que ahora le resultan vacíos, tan vacíos como su corazón.

Gloria, entre tanto, va a ver al prestamista a recogerle los recibos que tiene ya cobrados, y al traspasar una esquina se da de manos a boca con Luis. Ella no le ha visto, pero Luis quiere hablar con ella y la saluda:

—¡Adiós, Gloria!

Ella se para y no sabe qué decir; está anonadada por lo sucedido en casa de su abuelo, mas Luis quiere iniciar la conversación, y le indica:

—Por lo visto te llegó la hora. Ya estás en Zaragoza.

—Perdona, Luis. Iba un poco preocupada. ¿Cómo estás?

—No tan bien como tú, chica. ¡Qué guapa! ¡Qué elegante!

Gloria está turbada. No sabe si

las palabras de Luis son sinceras o irónicas, y por lo mismo le estrecha la mano, diciéndole:

—Bueno, Luis, ya nos veremos. Tengo que arreglar unas cosas...

—Adiós, Gloria, y buena suerte —le desea Luis.



Ha llegado el día tan temido para la representación, y Gloria está como si fuera la primera vez que debía salir a las tablas. Don Ricardo, como siempre, se halla a su lado para darle ánimos, para alentarla, porque el empresario admira a aquella mujer valiente que no dudó en sacrificar su buen nombre antes que permitir que su familia viviera en la miseria.

Mientras espera el momento de salir a escena, don Ricardo le dice:

—Gloria, hay un señor que quiere hablarle.

—¡Ah, sí!... ¿Qué tal, don Matías? ¿Recibió usted mi aviso?—y ante un gesto del visitante, dice a don Ricardo—: Un momento...

Luego saca de su bolso algo envuelto, que don Matías destapa y que resulta ser una crecida cantidad en metálico. Conforme con el dinero, da en pago un papel a Gloria y luego se marcha. Don Ricardo comprende lo que es aquello, la úl-



tima deuda del abuelo de Gloria. Se acerca a ella y le dice:

—¡Qué buena eres, chiquilla!

—Ahora ya no tengo miedo, don Ricardo. Vamos a ensayar.

Al cabo de un rato, el salón del teatro está rebosante de público. Son muchos los que saben la aventura de Gloria y, aunque indiferentes, quieren conocerla en persona. Otros, reclutados por Tablones, van con varas dispuestos a armar escándalo, y en este ambiente sale Gloria, que con toda su sangre fría canta ante sus compatriotas una canción gitana que decía así:

*¿Adónde van tus pasos,  
Rosa Perea,*

*que no se te ve el pelo  
por la Alamea?*

*¿Dónde te metes, chiquiña,  
que te han visto por Sevilla  
con los trapitos de lujo,  
por la tarde y por la noche,  
con un gaché de Bormujo  
que tiene parré y un coche?  
Esta gaché está perdía  
que la ropa del domingo  
se la pone los los días.*

*Quién te ha visto y quién te ve.  
No te extraña que lo crea.  
Sienta los cascós, mujé.  
Rosa, Rosita Perea.*

aquel instante en la sala, y Gloria, confiada, ponía cada vez más arte en su actuación. Mientras que Agustín ya se había dado cuenta de que Gloria estaba en Zaragoza. Ya no pudo contenerle nadie, ni sus amigos, a los que dijo airado:

—¿Por qué me habéis ocultado esto?

Y luego, sin querer atender a más razones, compra una localidad y entra en el teatro. También sus amigos le siguen, temerosos de que suceda algo malo.

Cuando Agustín ve a Gloria, no puede reprimir una emoción intensa y se siente como hipnotizado a la par que Gloria prosigue:

*¿Qué mala hierba has pisao,  
Rosa Perea,  
que tu novío va solo  
por la Alamea?*

*¿Tiene razón quien naquera  
que en la Venta de Antequera  
las horas muertas te pasa  
y están sin lumbre ni escoba  
la cocina de tu casa  
y los suelos de tu alcoba?*

A partir de este instante, Tablones empieza con su vara a picar en el suelo, pero calla porque le abuchean.

Nada anormal se advertía hasta

*Anoche en cá Marcelino*

*una copla se escuchaba  
con los vapores del piano  
tu gñen nombre se ensañaba.  
Esta gachi está perñola  
que la ropa del domingo  
se la pone los los días.  
Quién te ha visto y quién te ve,  
no te extrañe que lo crea...  
¡Sienta los cascós, mujé,  
Rosa, Rosita Perea!*

De pronto se alza un griterío en sordecador, silbidos, voces de: ¡fué ral, repiqueteo de bastones en el suelo, pataleo, y así, el público se divide en dos bandos y se arma el escándalo mayúsculo.

—¡Usté no entiende de eso, animal!—vocifera uno.

—¡Eso no me lo dice usted en la calle!—responde el otro.

—¡Kikirikill!—chilla Francisco.

—¡Viva Gloria del Moncayo!—chilla Roloño, que finalmente se aplada de Gloria.

Casi tanto dolor como Gloria experimenta don Ricardo: nunca hubiera creído que la saña de los compatriotas de Gloria llegara a jugarles tan mala pasada y en su interior siente el haber imbuido a su protegida a que fuera a Zaragoza, pero la cosa ya no tenía remedio y era cuestión de terminar con aquella situación antes de que empezaran a tirar cosas al escenario. Rápido co-

mo el pensamiento se precipita sobre el encargado de bajar el telón y le grita:

—¡Abajo el telón! ¡El telón! ¡Abajo!

No se hace repetir el maquinista la orden y violentamente cae la tela, mientras los espectadores que son ajenos a todo el lío no comprenden el griterío que se ha armado, máxime cuando la artista ha cumplido a satisfacción.

No está contento todavía Tahlones con su mala acción y continúa gritando y picando con el palo en el suelo al mismo tiempo que exclama:

—¡Que se busque la pulga!

También sus amigos le secundan profiriendo palabras soeces que llegan a oídos de Agustín, que ya sin poderse contener va a levantarse; más Luis se lo impide diciéndole:

—¿Adónde vas?

—¡Déjame! —profiere Agustín, pálido de ira—. ¡Aunque sea una mala mujer la he querido, soy hombre y soy baturo!

Todavía lucha unos momentos entre su deber y el recuerdo de lo mucho que ha sufrido por culpa de Gloria, a la que, como todos los demás que la conocen, tacha de ingrata y mala, sin saber ni pensar que todo lo que ha hecho ha sido por

salvar de la ruina a su abuelo y su hermana, y que se mantiene tan buena y honrada como lo era antes de lanzarse a la vida del teatro. En el fondo da la razón a su amigo y opta por estarse sentado complaciéndose en el dolor que le causa toda aquello. No sabe si marcharse o correr en busca de Gloria y meterla entre sus brazos haciéndole olvidar todos los sinsabores que debe haber obtenido en todo aquel tiempo pasado. El amor, cuando es verdadero, no puede apearse impunemente; siempre queda un pequeño rescaldo pronto a tomar incremento, y esto es lo que le ocurre a Agustín, que a pesar de todo no ha podido olvidar ni un solo instante de los que tan felices pasaron y en los que tantos juramentos y promesas se dieron.

Agustín padece; le sabe mal lo que ocurre y quizá nada hubiera hecho contra tantos energúmenos, si Tablones no proferiera una palabra maisonante. Levantarse e irse contra el grosero es todo uno. Tablones ve la acción y dice riendo:

—Diga, amigo. Yo puedo ir lo que me venga en gana, que pa eso me he gastau los cuartos...

—¿Sí, eh? Pues... ¡toma!—y uniendo la acción a la palabra propina un fuerte puñetazo a los mandi-

bulas del baturro, que cae derrumbado como un pelele.

Se ha logrado lo que querían unos cuantos hombres inconscientes y Gloria decide marchar lejos, muy lejos, donde no pueda recordar, si posible fuera, los insultos recibidos.

Mientras la doncella recoge todos sus vestidos y los va colocando en los baules, la artista, desde el balcón, contempla su ciudad, que tal vez no vuelva a ver nunca más. Su pesadumbre es inmensa, siente el vacío desconsolador del que sabe no tiene ya ningún cariño. También don Ricardo lamenta sinceramente lo ocurrido y no halla palabras para volver la tranquilidad al decalido ánimo de Gloria, que como inspirada por una resolución, penetra en su habitación, recoge un velo negro y se marcha.

Camina ligera, con el deseo de llegar pronto a su destino. Después de cruzar varias calles entra decidida en el templo del Pilar y se arrodilla con veneración ante la imagen sacrosanta. Sus labios murmuran una oración en la que pone todo su fervor. Pide a la Virgen un milagro que devuelva a los suyos la fe que necesitan para que la comprendan.

Aunque Gloria ha pensado que se halla abandonada, hay alguien que no la ha olvidado. Releño, que pese a todo lo que había dicho con-



tra de la artista, después de mucho pensar y hablar con Luis ha llegado a la convicción de que Gloria no era merecedora al trato que le hicieron, se ha dado mañas en saber el paradero de ella y tan pronto lo ha sabido, conjuntamente con Luis la han seguido sin que ella se diera cuenta.

Releñe, atisbando desde un árbol cercano al templo, ha visto a Gloria que se metía en la iglesia.

Satisfecho de sus investigaciones y ayudado por los dedos lanza un prolongado silbido, saliendo de detrás de otro árbol la figura de Luis, que se acerca adonde se halla Releñe, que haciendo una mueca de disgusto dice a aquél:

—Maño, si fuas perdiguero poca cata levantarías... Ya tenemos a uno.

—¿Era ella?—pregunta Luis dudando.

—La misma. Ahora nos falta dar con el otro—responde Releñe.

—Bueno, pues quédate tú aquí—ordena Luis—, a ver si yo consigo encontrarle...

Marcha Luis en busca de Agustín, para contarle lo que ha sido de la vida de Gloria y para hacerle ver que debe volver a ella y perdonarla si es que después de lo que le diga todavía guarda algún mal pensamiento.

Entretanto Releñe ha quedado haciendo guardia frente al templo y a poco aparecen por la plaza varios rondadores que van hacia el templo para con sus cantares elevar a la Virgen del Pilar sus preces. Después de un breve rasgueo de guitarras surge la voz fuerte y bien timbrada de varios rondadores que cantan:

*Cantemos a la Virgen,  
Virgen del Pilar.  
Hoy las voces rondadoras  
parecen de plata.  
Y suenan mejor que nunca  
las moras guitarras.  
Es el pueblo que le dice  
su veneración...  
¡Oración! ¡Oración!  
Son los cantares  
en Aragón.*

Releñe también ha acompañado a los rondadores en el estribillo, pero de pronto calla y su rostro se ilumina de una súbita alegría y echa a correr gritando:

—¡Agustín!

—¿La has visto?—inquire nervioso Agustín.

—La que a mí se me escapa...—responde Releñe.

—¿Dónde está?—vuelve a preguntar Agustín ansioso de estar al lado de Gloria.

—¿Dónde va a estar la infeliz.



tan sola y tan afligida? — pregunta a su vez Reloño señalándole con la vista el templo del Pilar.

La emoción ha paralizado a Agustín, que se queda un instante sin saber qué hacer, como si temiera que Gloria pudiera dirigirle algún reproche y aun para que su corazón latiera con más violencia oye otra copla que cantan los rondadores y que dice:

*Como a una novia bonita  
te canta la ronda,  
porque saben que te alegran  
las coplas de la jota.  
Y las coplas que se cantan  
con el corazón,  
llegan puras hasta el cielo  
como una oración.  
¡Oración! ¡Oración!  
Son los cantares  
en Aragón.*

Los rondadores, terminadas sus coplas, van alejándose y el rasgueo de las guitarras va perdiéndose a lo lejos, hasta quedar la plaza sumida en el silencio.

Agustín y Reloño todavía están en la misma situación que antes, o sea sin saber qué hacer. Hasta que finalmente el muchacho parece sacudirse los pensamientos que le tenían clavado allí y dice:

—Espérame, Reloño.

—¿Qué vas a hacer? — inquiera Reloño.

—Entrar — contesta sin vacilar Agustín.

Con paso seguro penetra en el templo y mentalmente ruega a su Virgen querida que le ilumine y le haga ver la verdad para que nunca tenga que arrepentirse de lo que haga.

Gloria sigue abstraída y con toda fe sigue rezando, pidiendo que no se vea desamparada y que vuelva a ella el cariño de los suyos, que su abuelo comprenda el sacrificio que tuvo que imponerse para dejarles, no abandonados como ellos creían, sino velando por su tranquilidad y por su bienestar en otras tierras, pero sin que de su pensamiento se apartara nunca el recuerdo de ellos y de su Agustín, que también alejado de los suyos luchaba buscando afanosamente la muerte y ésta se complacía en huirle cubriéndole de gloria en todos aquellos combates en que tomaba parte. Era sin duda la misma Virgen del Pilar que no quería que aquellos seres que tanto necesitaban la felicidad vieran sus vidas truncadas sin poder saborear la dicha que tanto ambicionaban y merecían.

La dicha para ser bien comprendida ha de haber sido amasada con penas y lágrimas; entonces es cuan-

do podemos gozar y sentir la bienaventuranza que Dios nos manda y que nos consuela de todos los sufrimientos pasados. Aunque a veces nos creamos abandonados, siempre hay un alguien que vela por nosotros y que en el preciso momento en que ya desconfiamos de hallar otra vez la alegría y la felicidad, como por encanto, aquello que nos parecía imposible de resolver y cuando nos sentimos los seres más desgraciados, casi simultáneamente un rayo que nos ilumina, nos hace sentir optimistas de nuevo y acarciamos la idea de que pronto pasará el pesar que tenemos.

Esto es lo que le ocurría a Gloria a medida que sus labios iban desgranando con unción sus oraciones. Le parece ver que la Virgen del Pilar, su Virgen adorada, la tiende sus manos como dándole a entender que la protegerá y que sus oraciones serán escuchadas.

Lágrimas de agradecimiento van resbalando por las mejillas de Gloria y es tanta su abstracción que le parece sentirse transportada a regiones etéreas. Todo lo de su alrededor ha desaparecido y sólo ve en medio de un resplandor inmenso la sagrada figura del Pilar que la conduce por un camino cuajado de rosas y flores. Gloria va prontamente que aquel camino es el mismo que

recorrió con Agustín el día anterior a su marcha, pero que ahora es diferente; antes lo veía tenebroso y sin embargo una luz tenue le hace prever que nuevamente aquel camino volverá a abrirse para dejar paso a nuevas horas felices en compañía de los seres amados.

La visión se va esfumando y entonces Gloria se da cuenta de que no se ha movido de sitio, de que está en el Templo. Se persigna y da gracias por el confortamiento que siente en su alma.

Cuando ha terminado su rezo se siente animada, convencida de que la Pilarica no la abandonará y así es. Agustín se halla a dos pasos de ella, escondido tras una columna, preso de una fuerte emoción. Ha visto rezar a Gloria, ha visto dos líquidas perlas que han corrido por sus mejillas y siente deseos de perdonar; duda que aquella mujer haya sido mala. Quiere oírle, saber de sus labios toda la verdad, y no pudiendo resistir más su deseo, llama en voz baja:

—¡Gloria!

Ella se ha vuelto rápidamente, se levanta y, asombrada, dice:

—¡Tú, Agustín! ¿A qué has venido?

—Ni lo sé yo mismo—responde—. Para hablarte. Tal vez para recordar.

—¡También tú me olvidaste!—  
se lamenta Gloria.

—¡Olvidar!... Ni siquiera tus mentidas promesas — le increpa el mozo—. ¡Qué lejanos los días felices!

Ambos se abismán en sus recuerdos y finalmente Agustín prosigue:

—Aquel día... me juraste ser mía para siempre... Como prueba de tu amor pusiste en mi pecho la medalla de la Pilarica... ¡Todavía la llevo! ¡Nunca se separó de mí!

Gloria recuerda aquel día como si lo estuviera viviendo. Recuerda que antes de que su Agustín marchara, estuvieron paseando por los alrededores de aquella casa que le habían negado ahora la entrada. ¡Cuántas cosas habían ocurrido desde entonces! Recuerda también la canción que él le cantó dándole a entender lo inmenso de su amor, y que decía:

*Los de Aragón,  
no saben olvidar,  
los de Aragón,  
no saben qué es mentir;  
los de Aragón,  
no viven sin amar.  
¡Pecho a la vida!  
¡Hay que reír!  
Me llevo tu querer,  
¡Arriba el corazón!  
Ya ni las penas*

*ni el mal me hieren  
porque así quieren  
los de Aragón.  
El deber me llama  
lejos de tu vida.  
Cumpliré mi deber.  
Pero mientras tanto,  
¡ay, Gloria querida!  
¡para tu recuerdo viviré!  
Tú también sin duda  
llena de ilusiones,  
vivirás para mí.  
Y unidos por siempre  
nuestros corazones,  
cantarán, amantes, así:  
Los de Aragón,  
no saben olvidar;  
los de Aragón,  
no saben qué es mentir;  
los de Aragón  
no viven sin amar.  
¡Pecho a la vida!  
¡Hay que reír!  
Me llevo tu querer,  
¡Arriba el corazón!  
Ya ni las penas  
ni el mal me hieren  
porque así quieren  
los de Aragón.*

Como una visión ha pasado por la mente de ambos aquellos instantes, y Agustín pregunta:

—¿Cómo pudiste olvidarme, con lo que yo te quería?

—No te olvidé. Agustín. Tuve

que hacer lo que hice, sabiendo que tú no lo hubieras consentido; pero segura de que algún día tendría tu perdón.

—¿Perdonar tanta infamia?—inquiere, nervioso, él.

—¿Qué piensas de mí?—pregunta, también, Gloria.

—Lo que piensa todo el mundo—es la respuesta fría y cortante de Agustín.

Gloria vacila, lentamente, profundamente consternada, va a marcharse, ¿qué más puede añadir? Y como para sí misma, dice:

—Tú también... Si de verdad me quisieras, tu corazón te habría dicho...

—La vida daría por creerte, pero no puedo—ataja él, en cuyo interior se libra una lucha cruenta:

La pobre mujer baja abrumada la

cabeza y se va seguida de Agustín. Gloria va a mojar sus dedos en el agua bendita, mas él se lo impide, adelantándose a la acción, y unge los dedos de ella. Al contacto de sus manos ni uno ni otro pueden reprimirse y se estrechan las manos con fuerza. Gloria mira esperanzada a Agustín, que con mucha dulzura dice:

—Gloria, vuelve a tu casa.

—Si ellos me perdonan, ¿me perdonarás tú?

El no contesta, y Gloria insiste:

—¿Me perdonarás tú, Agustín?

—Eso—responde—, la Virgen te lo dirá.

Luego se va del templo y deja a Gloria anhelante y con la esperanza alumbrando su corazón. Se arrodi-lla de nuevo y su plegaria es más ferviente que la primera. ¡La Virgen del Pilar, ha hecho el milagro!



RESPLANCECE LA VERDAD

**G**LORIA no quiere marcharse ya de Zaragoza. Luchará para que su abuelo perdone unas faltas que no ha cometido, y así se lo explica a don Ricardo, que también desea que la infeliz muchacha recobre aquellos cariños que tanta falta le hacen.

Mientras, en la Venta del Pilar, Tablones, con su inseparable bota de vino que ahora contiene un medicamento para calmar el dolor producido por el puñetazo de Agustín, toma unos buchec del mismo que luego tira.

—Pero, ¿qué haces, Tablones... ¿Es que ya no te gusta el Consueda?—le pregunta Francisco.

—¡Qué Consueda ni qué re... fajo!—exclama furioso Tablones.

—¡Ah!, pero, ¿no es vino?

—¡Vino!... Unas buchaicas que m'han recetau pa ver si se me encajan los dientes...—aclara Tablones.

—La verdad es que el puñetazo fué con fuerza — le recuerda Francisco.

—¡No me lo recuerdes!—brama Tablones.

—¿Vus paice que pa empezar le metamos mano a un ternesquico?—pregunta otro de los amigos.

—A mí, como no me lo den con un biberón...—dice cómicamente Tablones llevándose la mano a la cara.

No obstante, llama a grito pefado a Reliefe, que acude sin mucha prisa y murmurando:

—¡Contra con tanta prisa! ¿No

le ha quitao las ganas de chillar la lición de anoche?

—¡Oye, tú, más agrado! — le aconseja Tablones—. Y a mí no se me pone mala cara.

Refeñe se ríe y responde:

—¿Que no? Pregúntaselo al ti-niente.

—Menos grama. Que yo de un sopapo te mando con Dios—chilla Tablones.

—Ya será mentos... —le dice Refeñe.

—¡Con Dios!—vuelve a repetir el maño, y Refeñe, con mucha guasa, le saluda con la mano.

—Güeno, ¿tú lo pasé bien—y se marcha rápido porque ha visto a Pilara. También va ella a su encuentro, y le dice:

—Anda, Refeñe, que ya está ahí el agüelo.

—Que no se lo digo, ¡ea!

—Pero, ¿qué mejor noticia para él que la de que ellos se hablaron anoche?...—insiste Pilara.

—Pos mira, como el Agustín no se lo haya dicho... yo...

—¡Y eso qué tié que ver! Mira, si lo haces...—y Pilara le dice algo al oído que sin duda es de satisfacción del mozo, pues con gran decisión exclama:

—¡Amos pa dentro!

Ya delante del abuelo, Refeñe empieza diciéndole:

—Señor Dionisio... Teníamos que icirle una cosa que...—se detiene y luego a Pilara le indica:

—Diselo tú.

—¿Yooo? — pregunta, entre asombrada y molesta Pilara.

—Pero, vamos a ver, ¿qué sus pasa?—pregunta el señor Dionisio, extrañado de tantos rodeos.

—Es que esta y yo... y yo y esta... hemos sabido que...

—Siempre será alguna tontería —ataja el señor Dionisio, y luego pregunta:

—Qué, ¿ha bajao ya el Agustín?

—Todavía no—responde Pilara.

—Con tanto tráelo y llévalo los amigotes, aún no he podido hablar con él dos minutos seguidos—lamenta el abuelo.

De pronto, una voz que ha llamado al señor Dionisio hace volver a los tres hacia la puerta. El recién llegado no es otro que don Ricardo, el cual, después de pensar mucho el paso que iba a dar, no ha dudado en hacerlo. El empresario, antes de que nadie pudiera decirle nada, se adelanta con la siguiente explicación:

—Tal vez lo estimen todos una indiscreción por mi parte. Pero yo lo creo un deber y así lo hago.

Saca luego un papel del bolsillo y lo entrega al señor Dionisio, rogándole.

—Tome. Lea usted eso.

El buen viejo toma el papel, extrañado, lo despliega y lee:

«He recibido de la señorita Gloria del Moncayo las cantidades que, por diferentes conceptos, me adeudaba su abuelo, don Dionisio Alvarez».

La lectura de aquel documento ha causado una profunda impresión, se siente abatido y exclama:

—¡Esto más, Dios mío!... Es que usted no sabe.

—Sí, lo sé, buen hombre—declara don Ricardo.

—Pero yo no puedo consentir que esa mala mujer...

—¿Mala?... ¡Una santa!—afirma el empresario.

—¿Y por qué no dijo nada de esto?—inquire el abuelo, refiriéndose al documento.

—Porque lo impidió la intransigencia de ustedes. Pero ella es pura y sin mancha, como la Virgen de sus devociones... Ahora va usted a saber...

Don Ricardo se sienta, y poco a poco, para no emocionar al buen abuelo, va contando lo que era la vida de Gloria, su trabajo para salvar de la ruina a los que tanto quería y finalmente el dolor que por la incompreensión de todos la llevó al borde de la desesperación.

Mientras don Ricardo va abrien-

do los ojos al señor Dionisio, Gloria ha vuelto a su casa, en busca del perdón, segura de que ahora lo logrará. Pasa sin detenerse ante la mesa donde se halla Tablones, que al verla exclama:

—¡Recontral, si parece la gurrión de anoche.

Se levanta y cogiéndola del brazo le pregunta:

—¿Te has perdido o qué, güena moza? Amos, pasa...

—Buenos días—responde secamente ella.

—No tengas miedo, tontica, somos güen personal... Ven, asientate con musotros—continúa Tablones sin dejarla del brazo—Agora podías cantarnos lo de anoche... «Rosa, Rosita Perea...»

—Déjeme. Haga el favor—pide, con voz firme, Gloria.

—Amos, bebe y deja en paz a la infeliz—aconsejan los amigos.

—No me da la gana... Cincuenta riales te doy si me cantas «Rosa Rosita Perea». ¡Cinco duros!

Gloria, bruscamente, se zafa del baturro y le dice con ira:

—Pero, ¿usted qué se ha creído? ¿Qué motivos le he dado yo a usted para insultarme?

Es tanta la firmeza que ve Tablones en aquellos ojos, que reflexiona y confiesa lealmente:

—Tienes razón, maña, ¿Qué me

habré creído yo?... Anda, sigue tu camino. Bastante te ofendí anoche. Perdóname.

Abatido, va a marcharse, pero entonces es Gloria quien le coge del brazo, y con la sonrisa de sus días felices, le dice:

—Nada de eso, buen hombre. ¿Que quiere usted que cante? Ahora mismo. Una jota. Si me lo está pidiendo el corazón...

Seguidamente, el patio de la venta se llena con los trinos de aquella voz que tanto tiempo hacía no se escuchaba. Salen todos afuera y también Agustín, apoyado en el balcón, ve a su noviecita que ha vuelto a buscar el perdón. Baja corriendo las escaleras y la estrecha junto a su pecho, mientras le dice:

—Así, Gloria, así... con los tuyos, conmigo.

—¡Agustín!

—¡Hermana mía!

—¡Mi nietecica de mi alma!— exclama también el señor Dionisio, abrazando a Gloria.

La alegría vuelve a renacer en aquellos corazones tan atormentados; pero pronto se olvida el pasado porque ha sido un pasado equivoco,

una falta de fe en aquella mujer que no dudó en sacrificar su buena reputación para que nada faltara a los suyos.

Agustín también quiere perdonar y estrecha la mano de Tablones, mientras se disculpa del puñetazo.

—Usted comprenderá...

—Masíau, sí, señor. Y entavía me paice poco... Pégume usté otra vez—calla y se rasca la cabeza, como recordando. De pronto da un salto, exclamando:

—Pero, ¡calla! Si fueron esos dos tragones los que me metieron por el paso... ¡sus eslozo!

Agarra la vara y emprende una carrera en persecución de los culpables, mientras que Gloria y Agustín ya no se dan cuenta de nada. Es mucha su felicidad para reparar en otra cosa. Incluso han olvidado a don Ricardo, el hombre que se portó como un padre para ella, el cual, viendo que nada hay que hacer, con un gesto de simpática resignación se marcha, mas al pasar ante la imagen de la Virgen, saca el clavel que lleva en la solapa y le pone en el pequeño altar, como modesta ofrenda de agradecimiento por la reconciliación que amparó su fe.

FIN



## COLECCIONE...!

### LOS GRANDES ÉXITOS DE Ediciones BIBLIOTHECA FILMS

Precio 1,25 ptas.

ENTRE NOCHE Y DIA  
EL VAMPIRO  
MARIUS  
UNA MUJER DE EXPERIENCIA  
RONNY  
LA COMEDIA DE LA VIDA  
UNA NOCHE CELESTIAL  
EL MARIDO DE MI NOVIA  
ROCAMBOLE  
LA AMANTE INDOMITA  
UNA MUJER PERSEGUIDA  
UNA MUJER CAPRICHOSA  
DELINCUENTE  
DIPLOMATICO DE MUJERES  
LA HIJA DEL DRAGON  
VIAJE DE NOVIOS  
EL ROBINSON MODERNO  
DANTON  
S. O. S. ICEBERG  
AMORIOS

AUDIENCIA IMPERIAL  
EL TESTAMENTO DEL DOCTOR MARUSE  
PARIS-MONTECARLO  
GUERRA DE VALSES  
UNA VIDA POR OTRA  
UNA DE NOSOTRAS  
EL COLLAR DE LA REINA  
LA MUJER ACUSADA  
MORAL Y AMOR  
PECADORES SIN CARETA  
EL CRIMEN DEL SIGLO  
EL ABOGADO  
PASO A LA JUVENTUD  
LAS CUATRO HERMANITAS  
EL ULTIMO VALS DE CHOPIN  
DICK TURPIN  
CAMPEONES OLIMPICOS  
SU MAYOR EXITO  
¿QUE HAY, NELLIE?  
UNA FIESTA EN HOLLYWOOD

LA MUERTE DE VACACIONES  
DIVINA  
CASINO DEL MAR  
LA ULTIMA CANCION  
EL VIAJERO SOLITARIO  
GLORIA DE UN DIA  
EL KEY SOLDADO  
20.000 DUROS  
ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL  
OJOS NEGROS  
UNA NOCHE DE AMOR  
LA VIUDA ALEGRE  
EL CABALLERO DEL FOLIES BERGERE  
CORAZONES ROTOS  
LA TELA DE ARARA  
EL LOBO HUMANO  
PODEROSO CABALLERO  
HORROR EN EL CUARTO NEGRO  
LA FERIA DE LA VANIDAD

### SELECCIÓN FILMS DE AMOR

65 cts. tomo

TENTACION  
DESFILE DE PRIMAVERA  
TURANDOT

PATRICIO MIRO A UNA ESTRELLA  
GUILLERMO TELL

SI YO FUERA EL AMO  
CASTA DIVA  
EL HOMBRE DE LOS BRILLANTES

### BIBLIOTECA UTIL

Precio 1,25 ptas.

ARTE CULINARIO ARTE DE EMBELECEER BOTIQUIN DEL HOGAR

### BIBLIOTECA IRIS

1,25 ptas.

CORAZONES ORGULLOSOS

ASTUCIAS DE AMOR

### APRENDA LAS DANZAS DE MAS EXITO

Precio de cada tomo 0,40.

LA CARIOCA

SLOW-FOX - FOX BLUES

EL CONTINENTAL

EL ROLERO - EL PICCOLINO

PREMIOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

# Los grandes producciones-La mejor literatura-Los artistas célebres

SIEMPRE EN



## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flota . . . . .	G. Rogers
Ritmo loco . . . . .	F. Astaire
Margarita Gauthier . . . . .	Greta Garbo y Robert Taylor
El bailarín pizote . . . . .	Charles Collins
Mamá se casa . . . . .	Lil Dagover
Las dos niñas de París . . . . .	C. Barnham
María Estuardo . . . . .	K. Hepburn
Melodía de Broadway . . . . .	Robert Taylor
Los dos pilleros . . . . .	James T. Yaff
Apuesta de amor . . . . .	Gene Raymond
La vuelta de Arsénio Lupin . . . . .	Warren William
Forja de hombres . . . . .	Madley Rooney
Héctor Firmin . . . . .	Gino Cenzi
¿Es mi hijo? . . . . .	Lil Dagover
Bajo el manto de la noche . . . . .	Edmund Lowe
El mundo a sus pies . . . . .	Lil Pons

## BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla . . . . .	Miguel Ligero
Gloria del Monasterio (Los de Aragón) . . . . .	M. de Diego
En busca de una canción . . . . .	Ricardo Núñez
La Dolores . . . . .	Rosita Olaz
Rumbo al Cairo . . . . .	Miguel Ligero
El octavo mandamiento . . . . .	Lina Yegros
La reina mora . . . . .	María Arias
La millona . . . . .	R. de Sentmenat
Rinconcito madrileño . . . . .	P. G. Valázquez
María de la O . . . . .	Carmen Amaya
Molinos de viento . . . . .	Pedro Tarral
¿No quiero? ¿No quiero? . . . . .	José Baviere
La canción de Aixa . . . . .	I. Argentina
Usted tiene ojos de mujer fatal . . . . .	E. Jardiel Poncela

El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Carmen, la de Triana	I. Argentina
Eran tres hermanas . . . . .	Luisita Gargallo
Suspiros de España . . . . .	Miguel Ligero
Bohemia . . . . .	Emilia Aliaga
Don Floripondia . . . . .	Valeriano León

## NUESTRO TEATRO

1'50 ptas.

Las tentaciones creadas . . . . .	J. Benavente
La tabernera del puerto . . . . .	F. Romero y
Lola Fernanda . . . . .	Fernández Shaw
María de la O . . . . .	León y Quirós
Romanos de Luis Mont- tú . . . . .	L. F. Ardevin
El difunto es un vivo . . . . .	Prada e Iquino
Los claveles . . . . .	Carraño y Sevilla
Moana Clara . . . . .	Quintero y Guillén

## BIBLIOTECA VICTORIA

1 peseta

Las chokas de Barcelona (2.ª edición)

## CANCIONERO POPULAR

50 Cts.

Imperio Argentina (Aixa)

Agustín Irusta

Niña de los Peñes

Carlos Cardel

Pizcuilla

El Sevillano

Imperio Argentina (Carmen)

Estrellita Castro

Tino Rossi

Pope Ballesteros

Lola Cabella

Alady

## REIMPRESIONES

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 Plus.

[No quiero? ¿No quiero? José Baviere

Rinconcito madrileño . . . . . Pepita Valázquez

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 Plus.

Melodía de arrabal . . . . . I. Argentina

En busca de una canción . . . . . C. Cardel

Lucky Soto

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Josip de Battelgurgin

editorial "alas"

2 Ptas.